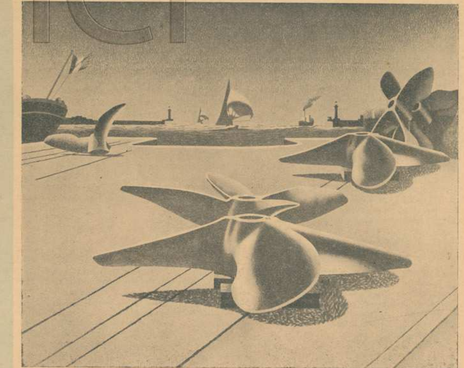
HOMBRE DE AMERICA

FUERTE Y LIBRE

ENCUESTA MUNDIAL PAZ Y RECONSTRUCCION POSBELICA
Respuestas en este número: Dr. A. Ossorio y Gallardo, Dr. A. Townsend e Ing. J. Maguid



BALLET DE BRONCE — por el pintor EDWARD WASSWORTH

30 Ctvs.
0.10 dólar en el exterior

19

QUE PODEMOS Y DEBEMOS HACER

NI EUFORIA, NI ESCEPTICISMO

Ante cada uno de los problemas que en la hora actual nos preocupan, como hombres libres y como luchadores a quienes no satisface la simple enunciación de soluciones teóricas ideales, se nos plantea la necesidad de llevar a la práctica, en el mayor grado posible, los objetivos de libertad, justicia y bienestar que nos impulsan a la acción.

No nos dejamos seducir, pues, por una fraseología optimista, ante cuestiones tan concretas como el estudio de las condiciones reales de estos países, inmediatamente después de la terminación de la guerra. No nos parece sensato ni conveniente engañarnos a nosotros mismos con la ilusión de las maravillas que emergerán de la reconstrucción posbélica. Nuestra razón se resiste a admitir que, subsistente la mayor parte de los factores que determinaron la actual catástrofe, la estructura societaria pueda ser modificada en forma tan substancial que satisfaga un mínimo de aspiraciones populares. Por otra parte, no tenemos motivos para considerar con optimismo la capacidad de acción de las fuerzas políticas de izquierda, sindicales, etc., a cuyo cargo debieran estar los próximos ensayos reconstructivos; y menos confianza aún tenemos en lo que puedan realizar los gobernantes, en sus conferencias y acuerdos posbélicos...

Sin embargo, tenemos la certeza de que existe una vasta labor a efectuar, y que ella puede ser práctica, eficiente, capaz de conducirnos a la obtención, si no de todas, de algunas de nuestras finalidades. Para ello se requiere hacer una discriminación, lo más precisa posible, entre lo ideal y lo factible dentro de esa órbita; entre lo que desearíamos que fuera, y lo que las condiciones exteriores, independientes de nuestra voluntad o superiores a nuestras fuerzas, nos presentan como realidad; para deducir concretamente qué podemos y debemos hacer, cuáles son los hechos y motivos que requieren concentración de esfuerzos, dedicación y hasta sacrificio extraordinarios, con el estímulo de poder comprobar los resultados de nuestra acción.

Nada mejor, para vigorizar las luchas por la libertad e independencia de nuestros pueblos, que eliminar todas las falsas consignas y promesas, todas las formulaciones cuya aplicación no se percibe, todos los mitos. Será muy útil y saludable en la propaganda que se realiza destinada al pueblo, pero más aun para los hombres que dedican sus energías, su tiempo y hasta su vida, a tales actividades, para evitar que tantos acontecimientos adversos, ideales no alcanzados, ilusiones esfumadas, produzcan en el ánimo un efecto deprimente...

En una palabra: debemos combatir tanto la euforia infundada como el escepticismo que conduce a la inoperancia.

Con el criterio expuesto en las consideraciones anteriores, veamos qué perspectivas existen para los pueblos de Centro y Sur América en el próximo período posguerrero.

¿Cuál es el aspecto negativo, que a nuestro juicio es indispensable prevenir? En primer término, nos parece necesario no creer que devenirá automáticamente un nuevo sistema de organización social más justo, ni que éste será impuesto por las potencias vencedoras. Se puede asegurar que la guerra actual implica toda una revolución; que la mayor parte de los métodos, formas de estructuración y hasta conceptos de la preguerra han sido o serán modificados substancialmente, pero ello no implica, de ningún modo, que necesariamente ha de ser en sentido favorable al pueblo, a los productores, y en contra de los intereses de las clases opresoras y parasitarias.

Nosotros desearíamos, por ejemplo, que las restricciones que sin duda hallará el capitalismo privado, en sus actuales métodos de explotación, beneficien directamente a los trabajadores, a quienes se ha prometido un régimen de mayor justicia para después de la guerra. Pero la realidad nos está demostrando, como lo más probable, que el Estado ha de ser el beneficiario de las atribuciones y poderío que se limiten o cercenen a particulares. Y no es de extrañar que así sea, porque no intervienen actualmente en la lucha, ni participarán, gravitando en las transformaciones posguerreras, fuerzas suficientemente poderosas como para disputar al capitalismo privado y al Estado cada día más absorbente, la dirección de la nueva estructuración societaria. Podemos tener la certeza, además, que ni uno ni otro renunciarán espontáneamente o por buena voluntad a los medios de dominación que ahora se hallan en su poder. Un hombre —ha dicho Nicolai—, puede resolver eliminarse; pero una clase o una casta jamás se suicidan.

En el orden continental, no se advierten perspectivas de verdadera unidad de pueblos, ni siquiera de una relación coordinada y homogénea, en lo político y económico. Interesa a los núcleos dirigentes imperialistas, que no han podido ser neutralizados por la "buena vecindad" rooseveltiana, y que no han dejado de ser una amenaza para nuestros pueblos, mantener la actual división por pequeñas naciones y aun fomentar rivalidades entre éstas. No creemos que haya cambios fundamentales en este sentido, para el conjunto de nuestro continente. Lo que sí puede preverse es una supeditación mayor a las directivas de Wáshington, y por consecuencia una fuerte coacción contra nuestro país, por la política pronazi de su gobierno, aislándolo y procurando impedir su desarrollo como nación importante.

Y, para juzgar el grado de libertad política que podrá existir en un futuro más o menos próximo, la "evolución de nuestras democracias" como se denomina en un lenguaje que permite vislumbrar mucho pero que nada concreta, no tenemos por qué hacer suposiciones. Debemos guiarnos por la actual orientación de la política aliada: cuál es su actitud frente a los gobernantes dictatoriales de nuestro continente; su apoyo ferviente a Vargas, sus grandes agasajos a Prado y otros presidentes o altos funcionarios representantes de las fuerzas más reaccionarias de los países centro y suramericanos, que han sido ascendidos a la categoría de eminentes demócratas.

Si ello no fuera suficiente, tenemos a la vista la política en apariencia de apaciguamiento que se sigue con España, pero que en el fondo propugna la restauración monárquica y la extinción de toda posibilidad de resurgimiento de las fuerzas populares que lucharon contra el franquismo. Africa del Norte, escenario de las más sinuosas maniobras diplomáticas y militares tendientes a eliminar la influencia del general De Gaulle, que no es revolucionario ni reformador social, nos ofrece, finalmente, una síntesis precisa de las intenciones de los dirigentes de las naciones aliadas, los mismos que tendrán a su cargo las tareas de la reconstrucción.

Sin embargo, la guerra tiene y producirá honda repercusión en nuestro continente. Inevitablemente se establecerán cambios, se promoverán reformas, sobre todo en el orden económico. Y así como nos parece sensato no hacernos ilusiones en el sentido de que todos ellos serán favorables al pueblo, creemos con firmeza que son muchas las posibilidades de actuación que nos ofrece un período de transformación, de cierto caos, de pugna entre las mismas fuerzas opresoras. Vale decir, que las consideraciones anteriores, que pudieron aparecer como pesimistas, lejos de influir en nosotros en forma deprimente, nos han sido indispensables para ubicar el problema en sus términos precisos, indicándonos en qué sentido podemos encaminar con éxito nuestra actividad.

¿Cuáles son los cambios que se advierten como más probables, y que nos permiten formar una idea aproximada de lo que se pretende sea el conjunto de naciones americanas después de la guerra?

De acuerdo a los planes esbozados, a los anuncios fragmentarios hechos por los dirigentes más caracterizados de las naciones unidas, uno de los problemas más importantes que se está encarando es el de la readaptación industrial posbélica, a las necesidades de la paz.

Se insiste en la necesidad de descentralizar las grandes plantas de producción que actualmente trabajan intensiva y eficientemente para la guerra. Comprenden los directores de la economía, tanto los funcionarios estatales como los capitalistas particulares, que no se podrán crear, y menos improvisar, mercados consumidores para la fabulosa cantidad de productos que las gigantescas plantas industriales serán capaces de elaborar.

El traslado de gran parte de la maquinaria que ahora está centralizada en los Estados Unidos —considerando lo que afecta a nuestro continente— solucionaría, según aquellos economistas, numerosos problemas. Creando mayores posibilidades de trabajo en países no industrializados, se elevaría el standard de vida de la población y por consiguiente su poder adquisitivo. Reduciendo considerablemente las distancias, se abaratarían los costos de transporte, incidiendo en forma favorable en los precios y haciendo los productos accesibles a grandes sectores populares. Y se citan numerosas ventajas más, en cuyos detalles no queremos entrar.

Pero como no se trata de una política filantrópica, destinada a beneficiar a nuestras naciones, el asunto es sumamente complejo. No existe el menor deseo de perjudicar o restar ganancias a los capitalistas o industriales yanquis. Por ello es que se advierte que esta cooperación no será generalizada a todos los países ni a todas las industrias. Los planes no se hacen en base a nuestras conveniencias ni a las necesidades de estos países, sino a las de quienes están en condiciones de adoptar la actitud de protectores, o de displicentes y respetuosos hombres que no se inmiscuyen en los asuntos internos de ciertas naciones.

Hay especial interés en las industrias extractivas; vale decir, en el aprovechamiento intensivo y rápido de las fuentes naturales de riqueza de estos pueblos. Mr. Wallace, demostró más preocupación, en su jira por las naciones del Pacífico sur, en pronunciar discursos ante los mineros que ante dirigentes políticos. "Necesitamos más nitratos, más minerales, más salitre", exclamó en Chile. Pero cuando le preguntaron si los Estados Unidos colaborarían para la industrialización del país, dijo que era un asunto que estudiaba el embajador. Cuando en Bolivia le interrogaron si después de la guerra se procuraría dar a esa república una salida al mar, respondió que él no había venido a tratar problemas políticos. Y todo esto contrasta notablemente con las declaraciones de Roosevelt, en ocasión de visitar a Vargas, afirmando que el Brasil sería ayudado a convertirse en primera potencia industrial.

La Argentina estaría relegada a un plano inferior, imponiéndosele una dedicación preferente a la ganadería y la agricultura.

ACCION INTENSA EN CADA PAIS

Tal vez los hechos se presenten en forma algo distinta a nuestras previsiones. Hay muchos factores, especialmente políticos, que pueden hacer variar la situación para uno u otro país. Hay que tener en cuenta además que los estadounidenses no estarán solos en la dirección de las reformas posbélicas, y que en ciertos casos tendrán que ceder ante la presión de la rivalidad interimperialista, que ahora se manifiesta y que sin duda se acentuará después.

Pero de todos modos, puede afirmarse que habrá Estados favorecidos y otros abandonados a su suerte, es decir, condenados a una existencia vegetativa y miserable; que habrá industrias protegidas, en tanto nada se hará para evitar la extinción de otras. Además, que todas las decisiones que se adopten serán ajenas a los deseos inexpresados de nuestros pueblos.

En tales condiciones incurriríamos en grave error si intentáramos, en el afán de luchar contra todas las injusticias, de ofrecer una oposición simbólica e inconducente, en bloque, contra todas las fuerzas adversarias. Necesitamos, como hemos expresado al comienzo, concentrar nuestras acciones contra aquellos puntos más vulnerables del sistema opresor y sus instituciones coercitivas.

Si no podemos hablar, con sentido práctico, de grandes acciones populares continentales, en cambio, sí, es posible y necesario organizar dentro de cada país las fuerzas que sean capaces de defender la libertad e independencia de los pueblos.

Y, dentro de estos movimientos nacionales, establecer en qué sentido, en cuáles circunstancias, contra qué aspectos parciales, es más eficiente una acción coordinada y homogénea de todos los hombres que pueden coincidir en una orientación general de lucha.

Sin duda alguna en Europa se producirán, después de la guerra, movimientos insurreccionales, populares y de ex combatientes. No es probable que estallen revoluciones de este carácter en nuestras tierras, porque las consecuencias de la contienda se padecen acá de manera indirecta. Pero sí habrá movimientos de descontento, de protesta, de resistencia, en todos los cuales es necesario intervenir, para encauzar la acción irreflexiva y espontánea hacia la obtención de objetivos precisos.

Esta es, a nuestro juicio, la labor más importante que nos corresponde realizar. En cada uno de nuestros países, en cada ambiente en que participemos, demos concreción y sentido práctico a nuestra actividad. Si luego ésta puede coordinarse continentalmente, infundiéndole mayores proyecciones, estará asentada sobre firmes bases y el éxito será más cierto.

RODRIGO BONOME

Rodrigo Bonome nació en Buenos Aires en 1906 y realizó su primera muestra artística en 1924.

Desde entonces fué asidua su concurrencia al Salón Nacional de Bellas Artes y a los certámenes más importantes del país. La crítica lo sitúa entre los valores más recios del arte de avanzada.

Lleva efectuadas las siguientes exposiciones individuales: 1928, 1929 y 1932 en el Salón Witcomb; 1934 y 1936 en las Galerías Müller; 1938, 1939 y 1942 en la Asociación "Amigos del Arte"; 1941 en la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos.

Integró por invitación especial la Muestra Argentina en Nueva York y San Francisco de California en 1939; expuso en la Exposición Panamericana del Riverside Museum, también de Nueva York, y seis de sus obras fueron seleccionadas para figurar en la muestra que organizada por la American Federation of Arts se exhibió durante los meses de enero y febrero de 1940 en "The Virginia Museum of Fines Arts" (EE. UU. de A.).

En el XXVII° Salón de Acuarelistas y Grabadores mereció el 2° premio de pintura con una obra que ha sido elogiosamente comentada por la crítica. La misma institución, al realizar en 1942 el Salón de la Ciudad de Buenos Aires, otorgó el primer premio a su obra "Alrededores del Hospital Piñero", que fuera elogiosamente comentada por la crítica.

Es colaborador de las revistas "Arte", "Forma" y "Ars", y dictó conferencias y cursos sobre temas artísticos, en la Sociedad Gremial de los artistas plásticos, universidades, centros de cultura y escuelas.

La ironía y la causticidad de su pluma y de su palabra le hacen un temible contendor en todos aquellos problemas que atañen a la vida artística. Suele leérsele en importante periódicos del país y sus artículos se transcriben con frecuencia en revistas extranjeras.





POSICION

No entiendo ni he entendido nunca de normas restrictivas ni leyes divinas ni humanas que concurran a regimentar la vida normal del hombre ni la producción del artista. Mis primeras incursiones periodísticas en un órgano de pueblo montañés, cuando apenas contaba quince años, y mis conferencias iniciadas en aquel entonces en un centro cultural del mismo pueblo, se inspiraban en un criterio unilateral: el libre albedrío. Ese mismo criterio ha permanecido indemne a pesar de los años.

Quise y quiero una vida libre de ataduras y de prejuicios para los hombres y la quiero también para los artistas. Por eso estoy en contra del arte dirigido cualquiera sea la proyección que lo inspire.

Sé que llegará un día en que la producción de los artistas será comprendida por el pueblo, porque tengo una fe absoluta en el mejoramiento de las clases; pero me resisto a admitir que sea el artista quien deba limitar su fantasía y su potencial creador para ser comprendido.

El arte como elemento de propaganda en la consecución del bienestar humano, pervive no por lo que tiene de instrumento sino por su contenido artístico. Ese criterio no será un obstáculo para que, si algún día fuese preciso mi aporte en beneficio de los problemas humanos de solución más o menos urgente, colabore en ello haciendo pintura tendenciosa, pero sin dar a esa producción, otro valor que el que pueda tener en ese sentido. Tal es la importancia que doy a la libertad y de tal manera la quiero para la ejecución de mis cuadros.

El arte tiene sus revoluciones que hacer y por ellas deben luchar los artistas.

RODRIGO BONOME

Un hispanismo enfermizo con PRETENSIONES IMPERIALISTAS

Muchas veces se ha dicho que la cuestión del imperialismo español está definitivamente relegada, como cosa del pasado. Los extemporáneos propagadores de la vuelta al hispanismo fueron puestos reiteradamente en ridículo, sin que llegasen a constituir siquiera un problema que quietara a nuestro pueblo. Hoy, sin embargo, no podemos menos que advertir la magnitud de la propaganda que está realizándose en favor del "culto al hispanismo".

Es una alarma plenamente justificada. Las circunstancias actuales hacen que un hecho de esa naturaleza, trasluciendo su finalidad política, se vincule estrechamente al problema de nuestra posición ante el conflicto bélico internacional. Si se tratara solamente de un grupo, más o menos numeroso, embarcado en una tendencia demagógica para crear el mito racial, o religioso, de la "madre patria", sus actividades despertarían poco interés y menos temor, aun conociéndose el propósito reaccionario. Pero está claramente visto que es el propio gobierno nacional quien apoya y estimula esa propaganda, y ello cambia fundamentalmente la situación.

Aun antes de celebrarse en la ciudad de Salta el denominado Congreso de Cultura Hispano-Americana (el nombre primitivo era "Congreso de la Hispanidad"), destacadas figuras del conservadorismo argentino, incluso algunos diplomáticos y miembros del gobierno, pronunciaron sendos discursos acerca de la necesidad de estrechar vínculos con España, tanto en lo económico como en lo cultural. Luego, el Congreso vino a concretar algo que ya se dejaba entrever: no sólo se trataba de ahondar el estudio de la literatura y la religión católica para propugnar una tesis filosófica de la fuerza racial como generadora de nuestra civilización y nuestra cultura; se trataba de crear una máscara de inocente apariencia, que permitiera realizar el anhelo de acercarse a la España franquista, lo que equivale a acortar camino hacia la amistad con el "Eje" fascista cuyo centro es Berlín. Con toda lógica, para encauzar prácticamente la política exterior sin que se vulnere la "neutralidad" oficialmente sostenida, no podía haberse elegido un método más adecuado, en realidad el único que permite fundamentarse en dos conceptos de fácil aceptación para "la masa": primero, el del "culto al hispanismo", por su base histórica incontestablemente cierta; segundo, la necesidad de desligarse de la influencia anglo-sajona, concepto éste de fácil arraigo, pues el pueblo argentino aborrece hoy al imperialismo inglés y norteamericano. Es un método lleno de sutilezas y propicio para desarrollar toda clase de ensayos demagógicos.

Por otra parte, el apoyo de la Iglesia a esta hábil política viene a agravar sus consecuencias. Ya nos hemos referido —en ocasión de abordar el mismo tema hace unos meses— a la complejidad de la política desarrollada por el catolicismo desde hace años hasta el presente. Y por más que hoy asistamos al coqueteo del Vaticano con las naciones democráticas, a las que regatea el apoyo que hasta ayer prestó a las potencias totalitarias, la responsabilidad de la Iglesia no disminuirá —ante el concenso futuro sobre nuestra agitada época— por sus amplias actividades en favor del fascismo mundial. Hay que repetir cuantas veces sea necesario que la Iglesia realiza una doble política en el campo de la guerra actual: mientras por un lado busca acercarse y participar en la reestructuración planeada por las naciones democráticas, por otro sigue cooperando con el totalitarismo, ya a través de sus misiones religiosas en los países americanos, ya por medio de la Falange Española, o por "creaciones" de tipo nacional tales como la Unión Sinarquista en México. En el caso que nos ocupa, estos mismos elementos y otros que dispone el catolicismo, puestos al servicio de la "causa hispanista" significan un peligro, una fuerza cuya gravitación sería engañoso negar.

Mas, ¿a cuál España se obstinan en "acercarnos" los líderes de este movimiento hispanista? Es ésta la pregunta que deben hacerse quienes no aciertan a ver el fondo de la cuestión. Porque puede resultar aceptable que exista un afán por desenterrar cosas aparentemente muertas, en una época de búsqueda social como es la nuestra; puede aceptarse que se apele al hispanismo clásico para rectificar una cultura que se supone torcida, desvirtuada, falta de esencia espiritual. En tal sentido, conviene tener presente que muchos de los actuales hispanistas, fueron durante las épocas que en España imperó la República, los más ardientes nacionalistas criollos, adalides de una independencia política y cultural que no toleraba excepciones. Cuando España ardía inflamada por la revolución, esa breve pero altamente constructiva revolución popular que brotó al mismo tiempo que se hacía la guerra al invasor totalitario, no eran por cierto los reaccionarios argentinos los entusiastas del ejemplo que ese magnífico pueblo hispano estaba dando al mundo; entonces no tenían presente que "de España nos llegó la luz civilizadora" (son palabras de Monseñor Tavella, vocero del Congreso de Hispanidad) sino que lo español era sinónimo de rebeldía, de ardorosa individualidad, de idealismo desenfrenado...

Es que los valores de un pueblo se miden con la vara de los acontecimientos de que fué autor, a través de distintas épocas. Ningún argentino consciente ha de sentirse orgulloso de llevar en su sangre algo de la sangre que corriera por las venas de un Primo de Rivera o de un Franco; pero en cambio, nos sentimos orgullosos de tener parentesco racial con la España del Quijote, consideramos "un valor hispano" al derrocamiento de la monarquía de los Borbones, pero no así al hecho de armas de la Conquista, que al fin de cuentas respondió al ansia imperialista de un núcleo dirigente y no a una característica expansionista del pueblo español. Tenemos mucho que aprender de España, eso sí, pero no de las hazañas de sus aventureros o sus dictadores, sino de las realizaciones progresistas de su pueblo idealista. ¿Cómo hemos de aceptar, entonces, que para formar nuestra personalidad como pueblo haya que ajustarse al molde de una "madre patria" que tiene sus aciertos y sus errores y, sobre todo, tiene el gran acierto de enseñar que los pueblos deben saber encontrarse a sí mismos, mantenerse independientes y formar su propia personalidad, siempre tendiendo hacia el progreso y la libertad?

Se nos ofrece la triste perspectiva de entregarnos al imperialismo de la España reaccionaria de Franco, como salida única para desentendernos del imperialismo de EE. UU. e Inglaterra. Es una solución de corte netamente fascista, que lleva en sí la negación de lo que debe ser la verdadera finalidad en la lucha antiimperialista: lograr una independencia económica completa, que nos libere del semi-colonialismo político. Y además, es una "solución" cuyo objetivo real está en participar en la guerra mundial del lado totalitario, pues en las condiciones en que se encuentra hoy España sería ridículo pensar siquiera que exista un imperialismo hispano sin el triunfo previo del "Eje" fascista.

Es evidente que nuestros dirigentes, al inspirar el movimiento hispanista en tales condiciones, arriesgan divorciarse cada vez más de los sentimientos populares. En momentos en que nuestra posición en materia de política internacional trae como consecuencia que en los restantes países americanos esté tomando cuerpo la idea errónea de que "argentino" y "filofascista" son palabras sinónimas, es bueno que insistamos en la afirmación dee que el puenónimas, es bueno que insistamos en la afirmación de que el puedecididamente antifascistas. Ha dado demasiadas pruebas de sus sentimientos liberales como para que haya lugar a confusión.

Por ello es que, aunque surge la alarma como reacción ante la propaganda inusitada en pro de un hispanismo enfermizo, no abrigamos ninguna duda acerca del vacío que la misma ha de encontrar entre los hombres libres, entre los obreros, los estudiantes, los intelectuales, que forman nuestra verdadera masa popular.

I. MAGUID

DE LA FILOSOFIA DE MR. WALLACE A LA FILOSOFIA DE MR. JOHNSTON

A. DIAZ URRIETA

Entre las múltiples enseñanzas que ya pueden deducirse de las derivaciones de la guerra actual, en lo que atañe a la confrontación de los principios generales que determinan nuestra actitud frente a los acontecimientos, puede destacarse una que nos induce a una conclusión hasta cierto punto alentadora, en medio del desequilibrio moral causado por la catástrofe que amenaza hundir nuestra civilización.

Esta conclusión es la siguiente: a pesar del extraordinario proceso de mecanización que hemos sufrido en todos los órdenes y de la extraordinaria eficacia que ha adquirido la técnica destructiva, sigue siendo verdad que el espíritu del hombre, su mentalidad, su moral, constituyen la fuerza esencial, el factor determinante por excelencia.

Los propios dictadores, cuyo ideal es el sometimiento absoluto y *mecánico* de los hombres a sus arbitrarias decisiones, han comprendido que no basta el solo empleo de la fuerza, del terror policíaco sabiamente organizado, para imponer la servidumbre en los espíritus o para formar generaciones animadas por un furor bélico. Se han valido para ello de medios que operan directamente sobre la conciencia, aplicando ciertos métodos de educación, formas especiales de propaganda basadas en un exacto conocimiento de la psicología de los individuos a la que ella iba dirigida y poniendo en juego todos los recursos aptos para conquistar y moldear los espíritus. Una vez conseguido esto, lograda la fanatización de grandes masas humanas, el poder dictatorial quedaba consolidado y las más ambiciosas guerras de conquista, hechos perfectamente factibles.

Las democracias, cuya propaganda era tosca y primitiva, cuando no contraproducente y que, como sistemas en decadencia no podían suscitar en los pueblos ninguna mística defensiva en favor del régimen por ellas representado, se encontraron en una situación de inferioridad en ese sentido, frente a las potencias totalitarias. No habían aplicado ninguna técnica especial para ganar el espíritu de sus combatientes, hasta el punto de hacerles afrontar alegremente la muerte, en defensa del orden existente. En cambio, muchos factores, reales y permanentes dentro del orden democrático capitalista, han gravitado en el sentido de suscitar repulsión y desconfianza entre la masa del pueblo. De ahí han sabido sacar partido los totalitarios, para obtener todos sus éxitos iniciales, tanto en el orden político y diplomático, como en el orden militar. Si después las cosas han cambiado y los pueblos regidos por sistemas democráticos han afrontado la lucha con decisión y espíritu de sacrificio —condiciones esenciales de triunfo— ha sido porque los horrores consumados por las hordas totalitarias en los países por ellas ocupados, han herido profundamente la sensibilidad de aquellos pueblos, haciéndoles comprender la necesidad de poner en juego toda su capacidad y todos sus recursos, al precio de cualquier clase de privaciones, con tal de librarse de la amenaza de total esclavitud y aniquilamiento moral que comportaría el triunfo del nazifascismo.

Gracias principalmente a ese estado de ánimo de los combatientes y de los productores que sostienen la guerra, las democracias han podido reaccionar en la forma en que lo han hecho, hasta el punto que hoy la derrota del "eje" totalitario, incluso su aliado oriental, aparece como una seguridad que se descuenta y sólo se hacen conjeturas sobre el tiempo que ha transcurrir hasta que ello sea consumado.

Ante tal perspectiva y sin desconocer que el problema práctico de la terminación victoriosa de la guerra sigue siendo una cuestión ardua que reclama aún grandes sacrificios, los conductores democráticos de la guerra, plantean cada vez con más insistencia el no menos difícil problema de la reconstrucción posbélica, que no sólo tiene importancia en cuanto implica previsión del futuro próximo, sino porque de los fines inmediatos de la guerra, de las garantías o seguridades que se puedan ofrecer para el día siguiente a la cesación de los combates, depende el mayor o menor entusiasmo con que han de luchar hoy los combatientes y la eficacia con que han de trabajar los productores en las industrias de guerra.

Esto lo saben muy bien aquellos dirigentes, que se esfuerzan en dar un sentido positivo a la repulsa general contra el nazifascismo. Saben asimismo que no puede concentrarse indefinidamente *en contra* de algo, sino que se requiere dar a ese esfuerzo una finalidad afirmativa, es decir, *en favor* de algo: un determinado orden de cosas, un ideal, una forma de vida. De lo contrario, el esfuerzo puede quebrarse en cualquier momento. Y de nada valdrán las creaciones técnicas, si los espíritus se desmoralizan o aflojan su tensión combativa.

Es evidente que todos los grandes discursos de los referidos dirigentes y las declaraciones espectaculares como la "Declaración del Atlántico", la de la conferencia de Casablanca, etc., tienen como objeto fundamental dar a los pueblos la impresión de que se lucha por algo grande, por un porvenir mejor, libre de los horrores del presente y que merece todos los sacrificios. Se trata de apoderarse de los espíritus, empleando la técnica moderna de propaganda y procurando inculcar entusiasmo por la finalidad que se dice perseguir en la contienda.

Sin embargo, esta finalidad está lejos de concretarse en la medida que pudiera constituir una garantía para la gran masa del pueblo que aporta todos los esfuerzos para la lucha. A pesar de todas las declaraciones oficiales, se percibe claramente, no sólo un desacuerdo latente entre las grandes potencias democráticas, sino también la inseguridad o la disparidad de criterios, entre los diversos grupos dirigentes dentro de cada uno de esos países. Y, sobre todo, existe una contradicción virtual entre las manifestaciones de los gobernantes o líderes políticos y los planes que insinúan los elementos económicamente dominantes: los grandes capitanes del capitalismo.

Recientemente el telégrafo nos transmitió un importante discurso pronunciado por Mr. Henry Wallace, vicepresidente de Estados Unidos y una de las personalidades de mentalidad más vigorosa de la república del Norte. Mr. Wallace, actualmente en jira de "confraternidad" por algunos países suramericanos, se ha destacado como exponente de cierto nuevo humanismo yanqui, de matiz religioso, y como uno de los propagandistas más decididos de la política de "buena vecindad" de Roosevelt. El discurso a que nos referimos, pronunciado en una universidad metodista, en la ciudad de Delaware, contiene interesantes consideraciones sobre el futuro inmediato que trasunta cierta inquietud y esa contradicción íntima del régimen a que acabamos de referirnos.

Según el conferencista, hay actualmente en el mundo tres grandes filosofías políticas: la que él llama filosofía "prusiana" que postula la fatalidad de la guerra entre naciones hasta que una raza superior domine el mundo entero; la filosofía marxista, que sostiene el carácter inevitable de la lucha de clases, hasta que la imposición mundial de la dictadura del proletariado haga posible la estructura de una sociedad sin clase, y finalmente la filosofía "democrática cristiana", a la que es adepto Mr. Wallace, que niega la guerra entre naciones y entre clases y cree en una "paz definitiva e inevitable". La primera corresponde a la Alemania nazi, que deberá ser expurgada del prusianismo después de la derrota de Hitler, evitando que en lo sucesivo se inculque allí a la juventud la doctrina de la glorificación de la guerra, de que se ha valido el dictador alemán, igual que sus predecesores. La segunda corresponde a Rusia, que según Mr. Wallace evoluciona hacia un posible entendimiento orgánico permanente con las democracias, entendimiento que considera indispensable si se quiere evitar una tercera guerra mundial. En cuanto a la filosofía democrática cristiana, se sobreentiende que corresponde a las potencias anglosajonas y sus aliados, que luchan por establecer una paz sólida y duradera.

Mr. Wallace nos habla de democracia y de cristianismo como de los principios fundamentales de la sociedad que considera necesario consolidar, pero no dice nada del capitalismo como régimen económico, que tiene su propia filosofía, que es de explotación y de dominio, por encima de los principios democráticos o cristianos. Sin embargo, su discurso contiene un párrafo donde implícitamente se señalan los defectos del capitalismo y las consecuencias que de ahí pueden resultar para el futuro del mundo. Dice así:

"Una vez que la guerra haya concluído, las naciones democráticas y capitalistas necesitarán demostrar que están esencialmente interesadas en dar trabajo a todos y en utilizar plenamente sus riquezas naturales.

"Tendrán que demostrar que el poder adquisitivo de sus pueblos puede ser igual al productivo. El derecho al trabajo en un empleo regular y por un salario decoroso es esencial para la verdadera dignidad del hombre. Si las democracias occidentales dan empleo a todos y expanden su producción, no tendrán que temer el renacimiento de las viejas normas de la propaganda comunista desde dentro. Si no dan empleo a todos, la propaganda comunista de esta clase es inevitable, y no habrá nada que el gobierno ruso, el nuestro o cualquier otro puedan hacer para detenerla. En el caso de una prolongada y continua desocupación, la única cuestión será la de qué doctrina se apoderará primero de nosotros: la prusiana o la marxista".

Esto podría interpretarse como una advertencia al capitalismo, en el sentido de que está condenado si no logra remediar sus males fundamentales, pues es bien sabido que nunca pudo equilibrar la capacidad productiva de los pueblos con su capacidad adquisitiva ni evitar la desocupación permanente —que en Estados Unidos había alcanzado proporciones catastróficas— ni lograr una colaboración internacional exenta de imperialismos. Por tanto, si el capitalismo subsiste después de la guerra, como hasta ahora, necesariamente habrá agitaciones sociales y conflictos. Esto no lo dice Mr. Wallace, pero se desprende lógicamente de su discurso. No podía expresar claramente tal conclusión el vicepresidente yanqui que, además de ser un humanista es un destacado hombre de negocios y está ligado por múltiples vínculos a la clase dominante de su país, que es la clase plutocrática. Por eso prefirió eludir la cuestión de fondo, evitando toda referencia a un cambio de régimen económico, para moverse en las amplias esferas de la filosofía democrática y cristiana.

En cambio otro representante de las clases dominantes en Estados Unidos —aunque no asume una responsabilidad política— se expresó con mayor crudeza sobre la cuestión. Se trata de Mr. Eric Johnston, jefe de una delegación económica yanqui, que ha recorrido estos países en misión de estudio, en vista a la cooperación comercial interamericana. Mr. Johnston pronunció también algunos discursos, ante un círculo "selecto" de financistas, industriales y dirigentes políticos. El tenor de esos discursos es siempre el mismo. Afirmó en todas partes que después de la guerra tendrá que restablecerse en su país el capitalismo privado, bastante afectado por el contralor gubernamental en la economía, motivado por necesidades de guerra. En su conferencia dada en el aristocrático "Círculo de Armas" de esta capital, después de hacer la apología del capitalismo, hizo enfáticamente esta pregunta: "¿Qué otro sistema podría dar un más alto nivel de vida a un mayor número de hombres?" Por supuesto, ninguna voz se levantó para contradecir al ilustre huésped. Sólo al día siguiente el editorialista de "La Prensa" le reprochó que empleara la expresión "sistema capitalista", pues la misma sería una invención de los demagogos, para denigrar el sistema de la libertad de iniciativa...

Así, mientras el señor Wallace se apoya en los principios filosóficos del cristianismo y de la democracia para consolidar el régimen vigente en su país, presentándolo como una finalidad de la guerra, haciendo leves reparos al capitalismo, el señor Johnston afirma rotundamente que éste representa el mejor de los sistemas posibles y que debe ser restablecido en toda su integridad. En el fondo ambos están de acuerdo, puesto que de ningún modo el vicepresidente ha preconizado un cambio de régimen, una modificación fundamental al orden vigente antes de la guerra. El pertenece a la clase capitalista y no ve solución posible fuera del orden que esta clase representa. Sólo que prefiere buscarle justificativos filosóficos y morales, en tanto que Mr. Johnston, sin compromisos de propaganda para el gran público, afirmó sin rodeos la continuidad y fortalecimiento del capitalismo. Sin duda es esta actitud la que más fielmente refleja la posición de la burguesía yanqui.

¿Logrará la propaganda del tipo que representa el discurso de Wallace y otros semejantes impresionar la mente de combatientes y trabajadores, a punto de tomar sus conclusiones como fines de la lucha? No lo creemos. La retórica de los discursos se disipa pronto y la realidad del capitalismo permanece, con todas sus detestables consecuencias. Y no se podrá fijar un objetivo o un plan de reconstrucción posbélica capaz de despertar el fervor y el entusiasmo de la gran masa popular, si no se contempla la superación radical de ese sistema económico, al cual los trabajadores atribuyen con razón la responsabilidad de casi todos los males que hoy sufrimos. Pero no debe esperarse que tal reconocimiento venga de las esferas de ningún gobierno...

LA INUNDACION

Tristes amaneceres, días monótonos. A la tarde el viento soplaba arremolinando la tormenta, en los corredores y en las puertas. El coro del pueblo se lamentaba:

—Achachay... Achachay...

—Duras van a ser las aguas...

—Dios guarde...

—Dios ayude...

—Ayer no shuvió tanto como aura...

—Peor ha de ser mañana...

—Mama, achachay.

—Cerrá la puerta.

—Compadrito, achachay.

—Ya no se puede...

—Ha entrado la'gua en la choza de la Chimbo. Los cueros, los cutules nadando, una lástima.

—Duras están las aguas.

—Elé, la sementera del Taco ha bajado no más con tierra y todo.

—Achachay... Achachay.

Las noches fueron haciéndose largas, sin más dicha que la lumbre de los fogones; con la angustia de los árboles que se tronchan, de la tierra que se desprende de las laderas, del río que brama con furia inusitada.

Los charcos crecieron en las calles, se filtraron por los zaguanes, por las puertas abiertas, por los traspatios.

—Tapale el hueco con cáñamos...

—No sirve ya...

—Peor es con piedra.

—Mejor es hacer un desagüe en el cuarto... De una puerta a otra.

—Buenio juera pes, pero yo no tengo puerta atrás. Todo el día sacando el agua con el pilche.

—Peor está lo de abajo...

—Hecho laguna los potreros.

—¿Cómo estará la montaña?

—Dios guarde.

—¿Le'a visto al río?

—No diga, vecina. Hay que poner vela a la Virgen.

Chapoteando entre el lodo empezaron a llegar los campesinos, traían el comentario pedigüeño y la tristeza de su tierra anegada. Por la noche pedían posada en los galpones y al amanecer acudían a las rogativas de la iglesia para aplacar la ira de taita Dios.

Una noche, nadie se preocupó de la hora, el leve estremecimiento de la tierra en aquellas regiones, por la vecindad del torrente, cobró pulso de cuerpo afiebrado, de bramido sordo. El vecindario se despertó sobresaltado.

—¿Qué será mama?...

—Cashá no más... Esperate... Nunca ha bramado así el río... Parece trueno...

—Parece toro bravo...

En los galpones y los corredores donde dormían los campesinos se comentaba en voz baja, con murmullo trágico:

—Aura ca juera.

—Undi para trabajandu.

—Undi para trabajandu, ni tierra arriba ni tierra abaju.

—Guagua sha... Ay... Ay... Ay...

—Taita vieju sha... Ay... Ay... Ay...

—Cumu murticina in ludu quidandu Ay... Ay... Ay...

—Sin taita amitu qui diga qui'ay qui'acer pes... Aun quisía cun acial tan, cun palu tan, con machete tan...

—Qui mandi a runa brutu... Ay... Ay... Ay...

Recordaban las cosas abandonadas entre lágrimas y cuchicheos: los cueros y los trapos del jergón, los animales, los viejos inválidos, la choza, el monte, el paludismo, la culebra, el guarapo.

A pesar de la angustia, del pavor que el trueno del torrente crecido hasta los topes de sus márgenes dejaba en los moradores, Serafín a la mañana siguiente, cuando todos amanecieron asustados y temblorosos con la misma pregunta: "¿Qui'aremos, Taitiquito mío?... ¿Qui'aremos Mama Virgencita?", creyó hallar su desorientación en todos. El también se había preguntado desde hace mucho tiempo qué podía hacer. Puso oído atento a las respuestas, a las actitudes, a las plegarias, a las lágrimas, espió los gestos de los cholos mayores, de los latifundistas, del boticario, del señor cura, del sacristán con fama de santo, del teniente político atolondrado, del mudo Camilo de risa impávida, de las cholas alharaquientas, de los indios llorones.

De pronto, un nuevo ruido dejó helada la sangre en las venas de los moradores. Se quebraba un hueso gigante de la tierra derrumbándose con estrépito:

—¡Jesús María!

—¡Misericordia!

—Ya pasó...

—Qué será...

—La peña cro'que se vino abajo...

—Sonó como esqueleto.

—Un fiero mi'zo en la carne.

—¿Qui'aremos?

—Qué tan haremos.

Caía una garúa tenue, tranquila, sobre la inquieta muchedumbre congregada en la plaza. Alguien propuso:

—Vamos a ver...

—Dios guarde.

—Vamos no más... Nu'ay que ser maricas.

—¿Onde vais longo?

—Un ratico no más mama.

—Esperate para ir juntos. Pero naides va todavía.

—Ya'stán yendo mama.

—Cargá al guagua.

—Desde el puente para ver.

—Vamos vecina...

—Ya voy...

Nadie supo quien llegó primero, pero todos vieron desde la loma la creciente. Llegaba desde el horizonte, bramando como diablo, embistiendo a las rocas, diluyendo el barro de las orillas, dando tumbos, haciendo olas, ensanchando la garganta que forman los bajíos de las dos cordilleras andinas. Su furia parecía llevarse la tierra toda en remolinos de sucia espuma.

Se había desprendido una gran mole del cerro dejando una herida de muchas cuadras entre las breñas por donde entraba el agua en vértigo de furia, con los despojos de cien tragedias en la cresta de sus olas temblorosas: árboles, cadáveres despedazados de animales, gruesas raíces, revolviéndose una y cien veces entre los recodos de las rocas, con bramido inusitado y alarde de saltos y requiebros al no encontrar salida.

Olía a barro, se estremecía bajo los pies, la tierra afiebrada como caballo en celo. Del fondo de aquel caos, con timidez escalofriante, surgió la observación de un cholo:

—Jesús, aura ca juera... No ven como está entrando el agua en la quebrada qui'a dejado el derrumbe... No ven que cuando se shena ha de desaguar la creciente sobre toditico el pueblo.

Las voces del hombre sembraron terror de comentarios, de lágrimas, de angustia.

—¡Qui'aremos!

—¡Qui'aremos, Taitiquito mío!

Se miraban unos a otros, pálidas las mejillas, los labios temblorosos, en los párpados el terror enrojecido.

—¡Qui'aremos!

—¡Qui'aremos Mamitica mía!

—Irnos por el puente...

—Por el puente...

Todos miraron para esa dirección, resueltos a huír ante la amenaza de la creciente sobre el pueblo, pero el gran esqueleto de acero había sido desprendido de su raíz de cemento y de piedra.

—Si'a shevado la creciente.

—¡Ave María!

—¡Cierto!

—¿Cómo ha de ser justo?

—Nos fregamos.

—Dios guarde, las vigas de fierro cortaditas como con cuchisho.

—El agua si'a metido en la peña que sostiene el estribo y por eso si'a quebrado el puente como bizcocho.

—Con razón el estruendo de aura.

—¿Cómo pasaremos? — interrogó alguien.

—¿Cómo pasaremos? — respondió la muchedumbre en son de sentencia a coro.

—Por onde iremos a salir.

—¿Por onde?

—Aura encerrados moriremos.

—No diga así, taita Dios puede castigar eso.

—¿Qui'aremos?

De los tres soportes del puente sólo quedaban dos temblorosos y derruídos. En la gran brecha abierta por el derrumbe, subía minuto a minuto el nivel del agua turbia, agitada, amenazando inundar al pueblo si la fuerza de la corriente y del líquido empozado barría con el pequeño montículo de tierra que se levanta cual muro de contención tras de las primeras chozas del poblado. La tragedia llegaría inevitable:

—¿Cuándo se remoje la tierra del cerrito ca?

—Jesús, no diga.

—¿Cuándo suba el agua hasta la quebrada chiquita ca?

—Jesús, no diga.

—¿Cuándo empiece a filtrarse la creciente por el potrero del Ortuño ca?

—Jesús, no diga.

Una confusión supersticiosa, cual conciencia de inferioridad irreparable ante las fuerzas de la naturaleza era lo único que alcanzaba a divisar el cholerío, como penitencia, como castigo de algún crimen ancestral.

Trataron de refugiarse en la selva, pero fueron informados, del terror de las inundaciones y las crecientes que arrasaban esos lugares, por los muchos campesinos que llegaban a pedir posada, por los forasteros que atestaban las corredores, los galpones, los establos, los traspatios.

Nadie pudo dormir aquella noche. El oído atento, tratando de indagar en el menor ruido. Sensible al temor como carne despellejada.

Durante la noche el nivel del agua en la brecha del derrumbe había subido algunos metros.

El cholerío trató de desenvolverse contra el infortunio. Aquello no podía continuar así. Fueron a la iglesia, en las naves, grandes cuadros conmemoraban los milagros de la Virgen: cómo le salvó al Jacinto de las aguas, como apaciguó el volcán en erupción, cómo desvió varias veces las crecientes, cómo se le apareció al señor cura Castillo, cómo el buen sacerdote español enseñó a los fieles a exigir de la Virgen los milagros llevándola en procesión hasta el lugar del suceso, para que vea por sus propios ojos y se resuelva, emocionada y conmovida, a otorgar a gracia.

Creyeron hallar la respuesta en la enseñanza del cura español y, aturdidos de fervor, hombres, mujeres y niños, llegaron al curato a pedir al párroco la autorización para el milagro:

—Oyé taita curita, preste pos a Mama Virgen.

—Ave María, ¿qué pretenden hacer con la Madre de Dios? — interrogó el clérigo, un mestizo reverendo de grasa y de buen humor, al grupo de solicitantes.

—Que de viendo...

—Que'aga de compadecerse...

—Que se ponga en nuestro lugar.

—Esa, sido la costumbre pes, taita curita que la patrona vea cuando nos pasa alguna desgracia.

—Con buen cuidado mos de shevar en procesión.

—Así como los milagros de la Bonitica que hacía con taita cura Castisho, alma bendita...

—Pero con este aguacero...

—Hemos di'acomodar no más.

Efectivamente, arroparon el busto de la Virgen con un poncho de aguas para proteger su manto de raso. Un paraguas bastante deteriorado, seguro con soguillas a las andas, defendía la pintura del rostro sacrosanto.

No obstante la fuerte tempestad, salió la procesión. Como rito de urgencia no tuvo la pompa de otras veces, ni las ceras labradas, ni los ángeles de rizos chorreados con alas de lata, ni el chagrillo de flores, ni el sahumerio de cazuela de barro.

Cuesta arriba de la calle llena de lodo, todos iban tras la Virgen, cabizbajos. Las mujeres envueltas en el pañolón desde la cabeza, los hombres con el poncho alicaído, destilando agua, bajo una lluvia penetrante, los caras compungidas, las voces clamorosas. Durante el tránsito de la procesión por las calles del pueblo, si bien es cierto las oraciones tenían tono de clamor atribulado, se sucedían con orden, de conformidad a la enseñanza del taita curita. Pero cuando el cholerío se sintió en campo abierto, entre las breñas, pisando la hierba y oliendo a tierra humedecida, surgió el ruego en libertad, el clamor histérico, el desmoronarse del orden en las plegarias. Cada cual se creyó con derecho a pedir a Mama Virgen el milagro a gritos:

—¿Cómo has de quitar todo lo qui'as dado?

—Nuestro pueblo es pes...

—Shegando la creciente nada ha de quedar... Ni vos pes Mamitica. Por el bien de todos mismo es... De nuestros guaguas, de nuestros taitas... De todos mismo.

—Ay... Ay... Ay... ¿Cómo ha de ser justo?

—Sólo vos para calmar la cólera del río.

—La cólera de taita Diosito.

—¿Cómo si'a dir en el agua nuestra choza que nos ha costado tantos sacrificios... Nuestros sembrados... Nuestros animalitos...

—Si no volvimos a vos nuestros ojos, ¿a quien pes?

—Ve como está la creciente.

—Fíjate bien...

—Ya mismito se shena el hueco... Entonces ca juera.

—Bonitica... Ay... Ay... Ay...

Entre el clamor de las voces el llanto indio se fué haciendo nítido, tomando proporciones definidas:

—Ay... Ay... Ay...

Desde la distancia se podía oír como si fuese el clamor confuso de un gigantesco velorio de runas, emergiendo de las entrañas de una naturaleza embravecida, todo mezclado con el ropaje pedigüeño de voces cholas.

Cuando la procesión llegó al montículo desde donde se alcanza a dominar creciente y derrumbe, hizo una pausa, acomodó a la Virgen en el lugar más alto, y a manera de despedida dió las últimas recomendaciones:

—Aura sí te dejamos Mamitica...

—Verás bien para qui'agas el milagro... Vos mismo has de ser la guardiana que no deje pasar el agua.

—Si no ca todo un siempre te'mos de dejar así.

—De noche tan...

—De día tan...

—De tarde tan...

—Con viento, con sol, con aguas...

—Breve harás el milagro...

—Toditicos te pedimos.

Los clamores seguían hilvanándose en el canto indio: "Ay... Ay... Ay...".

La tempestad y la creciente rugían con igual fuerza. El cholerío empezó a desbandarse dejando a la Virgen solitaria en mitad de la tormenta y del campo.

Tornó por breves horas la tranquilidad. La Virgen estaba de guardia y eso era suficiente. No importaba que arrecie la tormenta, que el agua presa en la brecha del derrumbe vaya subiendo de nivel.

El sueño fué reparador. A la mañana, una noticia escalofriante alarmó a los moradores:

—Se'stá filtrando la creciente por la quebrada chiquita que rodea al pueblo...

—¡Mentira!

—Cómo has de decir semejante herejía estando Mama Virgen de guardia.

—Esha dicen que'stá brava, no quiere hacer el milagro...

—Aura ca claro pes, sacarle en esa tempestad, ni siendo qué... Dejarle solitica de noche... Castigo eso ha de ser...

—¡Castigo!

—La choza del indio Isidro ha quedado nomás tapada... ¿Qué será pes del pobre runa y de los guaguas?

—Sólo las pajas del techo y los palos si' alcanzan a ver nadando.

—¿Y aura?

—¿Qui'acimos?

—Qué mos di'acer sino shorar, pedir misericordia a taita Dios, por nuestros pecados.

—Por la cuesta viene la creciente...

—¡Por la cuesta!

—Jesús, la casa de mi sobrina queda en ese lado.

—La de mi marquimama...

—¿Qui'acimos?

—Correr...

—¿A onde pes?

En las desesperación, en las quejas, en el ir y venir de las cholas aterradas, en el no saber qué hacer cuando la devoción que recomendó taita cura Castillo ha fracasado, llegaron, como una esperanza, los señores gringos, felizmente expulsados de la selva por la inclemencia del tiempo. Al saber del peligro, acosados de testimonios y pruebas, se dieron a la tarea de salvarlo todo, con decisión desconocida hasta entonces por los moradores.

Se pusieron al trabajo, sin importarles el lodo, la tempestad, el peligro. Hubo que retirar a la Virgen de su lugar de atalaya, un poco acholada en su fracaso. Entraron en acción las máquinas, la dinamita, los extranjeros trepando la montaña, haciendo volar la roca, abriendo con estrépito el desagüe para la brecha del derrumbe. El inabordable peligro fué alejándose hora tras hora, quizás asustado ante "la voz de los gringos", la cual de nuevo estremecía con más autoridad y fervor tierras y gentes de la comarca.

El pueblo atolondrado por el deslumbre, ofuscado por la facilidad con la cual aquellos seres alejaban de la puerta misma de sus hogares la destrucción y la muerte se entregaron a la gratitud y a la admiración:

—Tan buenitos...

—Lo que no pudo la Virgen...

—Lo que no podía nadie...

—Par'eso Dios los ha hecho buenos mozos.

—Tan blancos...

—Tan ojos azules.

—Tan bermejos.

Sólo taita cura embromaba, con buena gana de vengarse de los intrusos que dejaron en mal predicamento su mercadería milagrosa:

—Es cosa de Lucifer... No están oyendo cómo rugen... Pacto con el diablo han de tener.

Hasta las cholas más devotas creyeron al santo sacerdote un poco chiflado por el susto; para ellas, acostumbradas a mirar en los cuadros de la iglesia al demonio con rostro de indio prieto de tizne, se les hacía imposible creer que los extranjeros con cara de ángel y cabellera dorada tuviesen tratos de semejante condición...

—Asimismo es taita cura... Embromón... Embromón... — murmuraban poniendo oído atento al tronar de la dinamita que parecía estremecer de dicha todos los corazones:

—¡Qué linda es la voz de los gringos!

—¡La voz de los gringos!

(De "Media Vida Deslumbrados").

ECUADOR: JORGE ICAZA

UN ESPECTACULO DE CATEGORIA EN EL ODEON

Escasas son las oportunidades en que un espectador puede retirarse de una representación llevado por el entusiasmo. Más que escasas, rarísimas, sobre todo en el género de las danzas, que tanto se presta al preciosismo. Tantas veces hemos salido, tras de haber soportado una troupe de rimbombante fama, una sensación de repugnancia que casi habíamos perdido la esperanza de ver algo que no fueran insípidas sílfides que se pasaran el tiempo bailando en "puntilla de pie", o bailarines danzando desmayada y lánguidamente, exhibiendo formas desnudas que hacían dudar de su sexo.

Hemos visto a menudo la sonrisa burlona y oído el comentario subido de gran parte de ese público que no podía ocultar un sano e instintivo disgusto ante el decadentismo bisexuado de tales astros y sus troupes.

Mas henos por fin ante una expresión de arte de fibra popular transfigurada por el talento y la personalidad de Joaquín Pérez Fernández.

Es el suyo arte masculino y genuino, que huele a tierra, a aldea, a montaña; arte en que el folklore deja de apestar a museo y cesa de asemejarse a esas pseudo expresiones nacionalistas, más carnavalescas que verdaderas; arte que con ser del pueblo, jamás es populachero.

Las obras que presenta son verdaderas joyas de ritmo que parece brotara de los senos más ocultos de las masas, las que hallan su exteriorización en el movimiento, y la mímica, la música y el canto.

A veces asoma una expresión nueva en las interpretaciones que nos dan Joaquín Pérez Fernández y su compañía; la interpretación psicológica de los tipos, algunos de los cuales han inmortalizado las plumas de escritores que supieron absorber la savia de sus tierras bebiendo en ella su inspiración.

El tipo español, vivo y burlón, la mujer campesina, dicharachera y movediza, la gitana, fuego de vestiduras y embrujo de un cuerpo que es como la fiebre, el baturro, el pastor, presa del delirio de la primavera que despierta; estos son los motivos, simples y sin rebuscamientos, y sobre todo, dotados de un poder de comunicación que dice de su verdad. Sus danzas argentinas son tales como jamás se han visto; sin concesiones, puras y estilizadas, arrancadas de su pampa o montaña, vivificadas por un sentido personalísimo de la danza, traídas a nuestros ojos como algo nuestro, que es nuestro y de la tierra, porque es expresión del hombre y de aquello que lo mueve, de sus reacciones ante su propio ser, y ante el mundo en que se agita.

LUIS ORSETTI

Sinfonía de los Juguetes

PACO AGUILAR

Ella, la esposa enamorada, parecía interesarse por los vecinos. Su frente besaba los cristales de la ventana. El, el marido aburrido, parecía pendiente del hogar. Sus manos acariciaban la piel de su butaca.

El "speaker", el orador del siglo XX, parecía ser orador.

—Señores oyentes: comienza la "Hora Rosa". ¡Señoritas niñas, señores niños... atención! Rogamos a las personas mayores que guarden compostura, y no olviden el respeto que se debe a los menores.

Jorge dejó la butaca, realizando ese movimiento inútil de acercarse al aparato cuando se escucha, precisamente con toda claridad, una transmisión que interesa. También sus labios se movieron involuntariamente:

—Me gusta este "speaker". ¡Qué bien habla!

—Dentro de breves minutos... —había dicho el orador cuando aun añadía Jorge— ¡Qué bien habla! ¡Con qué corrección!...

—Perdón —intercaló la voz radial—. Debo rectificar. Los minutos no son breves: son siempre del mismo tamaño; todos tienen sesenta segundos.

Y Jorge se volvió a sentar en su butaca, murmurando:

—¡Qué imbécil!

De Elena se escapó una risita. Los cristales, al menos, la registraron. En ellos quedó grabada hasta que el vaho tornó a evaporarse. El "speaker" seguía:

—... transmitir un poco de buena música para buenos niños. Música inventada por un hombre que adoraba y comprendía a los niños. ¡Claro está: no tuvo hijos! Ese hombre se llamaba... Para los hombres, era Haydn: para los niños, más sencillo: Francisco José. Y esta música se llama "Sinfonía de los Juguetes".

—Me parece música demasiado buena para una audición infantil —sentenció el ya chasqueado Jorge.

Pero el "speaker", muy ducho en cuestiones radiales, entabló la polémica:

—¿Demasiado buena? Le estamos escuchando, amigo. —Las pestañas de Jorge se petrificaron—. Dígame, caballero: ¿sacaría usted a su niño de paseo, en los días de lluvia? ¿Empezaría a alimentarlo con substancias podridas?... ¿No?... Y entonces, ¿por qué razón vamos a darle a los niños cocimientos y potingues musicales que usted mismo no soporta?

Esta vez, la risa de Elena fué recogida por los cristales y por la herida vanidad de su marido, quien sólo atinó a expresar:

—¡No le veo la gracia!

—¡Niños, niños! ¡Atención! ¡Que empieza la "Sinfonía"!

Ah, pero Jorge reaccionó debidamente y justificó el cierre del aparato con su clásica sentencia:

—¡Tanto jorobar con productos importados!...

Ah, pero Elena también reaccionó como legítima esposa; y, volviéndolo a abrir, recostó su cara en el mueble y comenzó a soñar en voz alta:

—¡Qué maravilla! Es para los niños... y es para los grandes... Sinfonía de los Juguetes... Cuánta belleza... Cuánto amor...

Ah, pero el marido agarró un diario y leyó con entusiasmo:

—¡Bravo!... ¡Qué bueno!... "En el tercer *"round"*, bastó a Sansón Corrales el empleo de una sola mano para obtener un triunfo espectacular sobre su contrario..."

Ah, pero ella no le oyó.

—Cuánta bondad de músico... de hombre... Cuánto dolor aliviado...

—¿Tan dolorida estás? ¿Qué es lo que no te gusta?

—La vida.

—¡Con qué facilidad lo *decís!* Para definir una situación, las mujeres no tienen precio. No te gusta la vida... ¡Qué manera de hablar! ¿Y tu hijo, tampoco te gusta?

—¿Mi hijo? ¿Dónde está mi hijo? —preguntó Elena con una doble intención que todavía no quiero aclarar.

Ah, pero Jorge sí temía haber comprendido la ironía, y consideró muy oportuno aumentar el volumen de la música.

Ah, pero Elena vió que había dado en el clavo, y apagó totalmente la Sinfonía.

(Ah, pero yo, como colaborador de este cuento, resuelvo el embarazo de la situación con una llamada de timbre de escalera, la que considero más oportuna todavía. Llamada especial, de toque convenido, que anuncia la presencia inmediata de Julio, el único hijo del *armónico* matrimonio).

Elena, casi de rodillas, abrió los brazos para recibirle.

—¡Julicho!

—Quita, —exclamó el niño, avalanzándose hacia su papito. Y añadió: —¡Tres a cero!

—No has saludado a mamá.

—Pero debíamos haberlos dejado "siete a cero", porque...

—No has saludado a mamá —insistió Jorge con cierta severidad, después de cuyo asombro por parte de Julicho, endulzó un poco el tono para volver a repetir: —No has saludado a mamá.

—¡Eh?... Esto... ¿Y por qué me lo *decís vos?*

—Porque he visto que no la has saludado.

—Ay, ay, ay... Mamita te ha retado; estoy seguro.

Julicho se dirigió fríamente a besar a Elena, que, en rígida actitud, reflejaba no orgullo sino dolor.

—Perdona. No me había dado cuenta.

—¿Has jugado al tenis?

—¿Has oído, *papi?* Estas mujeres, sin saber de nada, se meten en todo. Digo que los hemos dejado "tres a cero", y pregunta si he jugado al tenis. ¿Qué te parece? Ja, ja... Bueno: si hubieras visto el salto que he dado en la calle, para que no me atropellara un auto...

—¿Cruzaste sin mirar?

—¡No, *papi!* Lo vi de lejos. Pero lo guiaba una mujer.

Elena, aunque inmóvil, acusó este otro golpe, producto de una egoísta educación paternal (el misterio empieza a aclararse).

—Mamá es mujer, Julicho, y conduce muy bien. Ella es la que me enseñó a manejar el coche que me regaló.

—Nunca me lo habías dicho. Y después de alternar su mirada con uno y otra, añadió: —Pero *vos conducís* mejor, ¿verdad?

El padre no contestó. La madre, sí:

—Eso no hace falta preguntarlo, hijo. ¿No sabes que papá es hombre?

—¡Como yo!

—Como tú, —dijo Elena con voz de entrañas— que también eres un hombre. Pero yo soy tu madre. ¿Me oyes, Julicho? Yo soy tu madre. Tú eres mi hijo, y yo soy tu madre.

—Ya lo sé. Y sé que tengo que quererte.

—No, hijo, no. ¿Quién te ha dicho que tienes que quererme?

Julicho se abrazó al cuello de Jorge, y murmuró al oído:

—Qué tonta es mamá.

—¡Mamá...? —Era Elena la que hablaba—. ¿Quién es mamá? ¿Dónde está mamá? ¿Qué es mamá?

—Una mujer y una tonta.

Era el hijo el que hablaba. Era el hijo de Elena, pero era el hijo de Jorge. Y era el hijo de los dos el que llegóse al aparato de la radio, y giró el botón. Por el éter, entre voces repartidas, se oyeron estas palabras:

A mamá su hijo mató...
(Ay, sí, sí, sí)
(Ay, no, no, no)
A mamá su hijo mató
y el corazón le arrancó.
Hijo y corazón cayeron...
(Ay, sí, sí, sí)
(Ay, no, no, no)
Hijo y corazón cayeron
al correr, ay, por el suelo.
El corazón aún rodaba...
(Ay, sí, sí, sí)
(Ay, no, no, no)
El corazón aún rodaba
cuando así se lamentaba:
—Ay, de mi niño castaño...
(Ay, sí, sí, sí)
(Ay, no, no, no)
¡Ay, de mi niño castaño!
Dime, hijo: ¿te has hecho daño?

Julicho era castaño. Pegado a la radio, parecía estar intrigado. El padre no levantó la vista del suelo. Elena levantó la voz de su alma:

—Canción de María de los Angeles... Yo la sabía en francés... Qué tontería: el corazón suelto de una madre, preocupado por un rasguño del hijo... Qué poco debía de conocer a las madres ese poeta.

Ya habían reaparecido las melodías deliciosas y las armonías perladas de la "Sinfonía de los Juguetes". Ya estaba Francisco José Haydn repartiendo sus dulces bendiciones. Ya bailaba el aire.

—*Papi:* ¿qué música es ésta?

—No lo sé.

—*Vos* lo *sabés* todo. ¿Qué música es?

—Tu madre lo sabrá, porque a ella le gusta mucho.

—Entonces es muy fea, ¿verdad?

El niño cerró la radio. El aire dejó de bailar. La escena no se acabó.

Ah, pero el cuento sí.

DE MUSICA Y... DE LO CONTRARIO

PAISAJE CORDOBES

Pasito a paso la sombra
desciende desde los cerros,
pasito a paso la luz
se va tiñendo de negro.

Pasito a paso hilo de agua
entre las piedras cayendo,
como la vida que va
siguiendo el ritmo del tiempo.

Con paso tardo desciende
toda fatiga el sendero
una muchacha serrana,
cabellos sueltos al viento.

Cuando pasó por mi lado
¡qué pena en sus ojos negros!
Pena animal del que sabe
del duro trance del suelo.

Camino arriba perdióse
desparramando mis sueños,
con los cabellos ondeando
como bandera de duelo.

Iban mis ojos turistas
buscando paisajes nuevos,
y vieron lo que no estaba
ni en guías ni en derroteros.

A. VAZQUEZ ESCALANTE

PAZ Y RECONSTRUCCION POSBELICA

ENCUESTA MUNDIAL organizada por HOMBRE DE AMERICA

RESPUESTAS PUBLICADAS EN EL Nº 18: Dardo Cúneo. -- Diego Abad de Santillán.

CUESTIONARIO

1° — *¿Cuáles deben ser a su juicio las características principales de la reconstrucción posbélica?*

a) *En el orden político:* ¿Se mantendrá la actual estructura de división por naciones? ¿Se podrán constituir grandes uniones regionales y continentales? ¿Es el federalismo el sistema más adecuado de relación entre los pueblos? ¿Cuáles son las fallas más notorias de los regímenes democráticos que habrá que superar? ¿Cómo impedir que las naciones de mayores recursos o más industrializadas avasallen a los pueblos más pobremente dotados?

b) *En el orden económico:* ¿Cuál será el papel del capitalismo privado? ¿Es conveniente una centralización económica estatal? ¿Se podrá socializar la tierra y aplicar este sistema como solución a otros importantes problemas económicos? ¿Cómo contrarrestar a las fuerzas que pugnarán por hacer perdurar la expansión imperialista?

2° — *¿Qué contribución puede aportar América a la paz y la reconstrucción mundial?*

3° — *¿Cuáles son los medios más adecuados para hacer que predomine la voz y la opinión de los pueblos, evitando la repetición de los errores de la paz posterior a la pasada contienda?*

Angel Ossorio y Gallardo

Jurisconsulto y sociólogo. — Ex embajador de la República española en nuestro país.

Primero. — Lo que anhelan y buscan los pueblos para después de esta guerra, es una justicia política y social. Y sobre ello los caudillos de la actual lucha no han dicho ni una sola palabra. Sus discursos son alentadora palabrería, pero palabrería nada más. ¿De quién será la tierra el día de mañana? Los medios de producción, ¿serán socializados? ¿Todos o algunos? ¿Se establecerá alguna diferencia entre el capital-trabajo y el capital-dinero? ¿Se limitarán las ganancias de éste? ¿Se garantizará de algún modo el derecho de todos los hombres a la vida en sus rudimentarias manifestaciones de la vivienda, la alimentación y el vestido? ¿Se reconocerá la completa libertad de todos los idearios políticos? ¿Se garantizará la libertad electoral? ¿Se establecerá un derecho de resistencia a la opresión Si resucita la S. de N., ¿seguirá siendo de los gobiernos o será de los pueblos?

De esto no dice ningún dirigente, nada. Lo único concreto ha sido la afirmación de Churchill referente a que mantendrá a todo trance el imperialismo inglés, es decir, el imperialismo del capitalismo. Por si esto fuera poco, hay otros datos de enorme elocuencia:

a) Se niega la libertad a los hindúes y se reduce a prisión a Gandhi.

b) Se reconoce en el Norte de Africa autoridades desvergonzadamente fascistas.

c) No se nombra ni por casualidad a la República española.

d) Se está a partir un piñón con Oliveira Salazar.

e) Se le da dinero a Franco.

f) Ninguno de los aliados, ni siquiera la propia Rusia, se dan por enterados de que España sostiene una División Azul batiendo a los Soviets.

g) Aunque se está en guerra con Italia, no se reconoce a los italianos libres, ni siquiera considerando que tienen a su frente persona tan excepcionalmente calificada como el conde Sforza.

Todo esto nos advierte, que cuando estalle después de la guerra, un movimiento comunista o siquiera liberal, Inglaterra y Estados Unidos, le combatirán con ferocidad y la guerra social que se desate será más terrible y cruel que la que ahora estamos presenciando. En España mandará Franco. En Italia un fascista que no sea un payaso: por ejemplo, el conde Grandi, antiguo embajador en Londres. En Alemania, ante la imposibilidad de mantener a Hitler, se instaurará una dictadura de mariscales para poner coto a los alientos soviéticos.

Resumen: en el horizonte visible se puede adivinar (no asegurar todavía), el triunfo de los aliados, pero lo que no se advierte por ninguna parte es el éxito de la Libertad ni de la Democracia.

Segundo. — Si hubiera de hacerse alguna reforma en el orden social, la de mi gusto se apoyaría en estas bases:

1. — Negación de la propiedad privada de la tierra. No para implantar el régimen comunista, sino el georgista. La tierra es de la sociedad y el administrador de ésta, que es el Estado, la concede en proporciones mayores o menores (nunca en latifundios) a quienes la pidan. Lo que en ella se edifique, plante o siembre, será de quien lo haga, pero el valor social de la tierra con sus aumentos progresivos, será del Estado. Se acabarán el abandono y la especulación. Se multiplicará indefinidamente el aprovechamiento por el trabajo.

2. — Se prohibirá por inmoral el arrendamiento de la tierra. Se permitirá la aparcería con participación privilegiada para el cultivador.

3. — Se permitirán ganancias ilimitadas al capital-trabajo, pero se limitarán las del capital-dinero al 4 o 5 por ciento.

4. — La plus-valía no será del capitalista ni del Estado, sino del trabajador. Lo que por este concepto vaya reuniendo, se dedicará a ir comprando acciones de capital pagando al capitalista su valor de emisión y convirtiéndolas en acciones de trabajo para que las sociedades anónimas o comanditarias de hoy, se conviertan en cooperativas de producción.

5. — Se socializarán las industrias fundamentales para la vida (minas, aguas, fuerza, transportes, comunicaciones y crédito).

6. — El Estado y los Municipios asegurarán a los económicamente débiles, la vivienda, el alimento y el vestido, en proporción a sus medios económicos y compitiendo al efecto, con la industria privada.

7. — En todo lo demás se respetará absolutamente, la propiedad particular, pero si algún propietario quisiera destruir gratuitamente sus bienes (como hoy ocurre con el café, el vino, el maíz, las carnes, etc.), el Estado lo expropiará sin indemnización.

Tercero. — El régimen político debe ser liberal, democrático y parlamentario.

Se promulgarán leyes electorales, que impidan el fraude.

Se implantará un régimen de resistencia a la opresión, relevando a los ciudadanos de toda obediencia a la ley en cuanto ocupen el poder, gobiernos ilegítimos.

Se organizará una poderosa milicia cívica para contrarrestar las extralimitaciones del militarismo.

La justicia no será un poder político sino un poder social absolutamente independiente.

Cuarto. — No será posible destruir las naciones pero éstas podrán vivir en agrupaciones federales cuando lo tengan por conveniente.

Se restablecerá la S. de N. sobre estas bases:

a) No será de gobiernos sino de pueblos. Cada país tendrá tres representantes, uno del gobierno, otro de los trabajadores y otro de los intelectuales y profesionales libres.

b) Será un verdadero Tribunal de Justicia y actuará para ventilar las diferencias entre las naciones, pero podrá intervenir también dentro de cada nación para defender las libertades humanas si estuviesen atacadas y los ciudadanos víctimas lo pidiesen.

c) Se suprimirían todos los ejércitos y no habría más que uno de la S. de N. Esta podría limitar también las fuerzas y los medios policiales de cada país.

Quinto. — El caso de Alemania merece tratamiento especial. Como no se la puede suprimir ni hay posibilidad (bien demostrado está) de traerla a la vida civilizada, deberían adoptarse las medidas siguientes:

a) Destrucción del Imperio alemán y restablecimiento de la Alemania que existía antes de Bismarck: monarquías, principados, ducados, etc.

b) Por ser Prusia la principal causante de todos los males, quedaría convertida en zona internacionalizada y la administrarían los pueblos que han combatido contra ella: Rusia, Inglaterra, EE. UU., España y Grecia. Por motivos de justicia elemental se incluiría también a China.

c) Los demás países germanos, subsistirían como merecieran pero vigilados por la S. de N. Si sus hombres quisieran vivir como personas, se les respetaría absolutamente su libertad. Si quisieran vivir como alemanes, se les internacionalizaría como a Prusia.

Sexto. — La contribución que América puede prestar a la obra redentora consiste en salvarse a sí misma. Mientras haya partidos políticos prohibidos, mientras en algún pueblo no haya Parlamento, ni justicia, ni libertad, mientras se persiga a un partido, mientras otros vivan en regímenes despóticos, mientras no se borre el recuerdo de lo que hicieron con su madre España, repúblicas caracterizadas no puede tener América otra preocupación, sino la de emancipar sus propios pueblos.

Séptimo. — El camino para encontrar la justicia después de la guerra, no es otro sino el de una actuación general de los pueblos en su propia defensa. Mientras entreguen su porvenir a los ministros, los embajadores y los generales que hoy actúan, no encontrarán la ruta liberadora.

Conste que no recomiendo ninguna violencia. La violencia no ha servido jamás para nada creador ni definitivo. Ya sabemos lo que quedó del inmenso Imperio de Carlos V. Ya estamos viendo lo que queda del famoso Imperio de Mussolini. Pronto veremos lo que queda de la bárbara fuerza de Hitler. No. Es inútil pensar en las armas, en las griterías, en las agitaciones. Acciones serenas, ordenadas, enérgicas, es lo que hace falta. Los tigres rugen. Los hombres, obran. La gran revolución mundial tiene que hacerse sin disparar un tiro.

Esto que aquí dejo ligeramente apuntado, tiene su desarrollo y su explicación en un libro titulado "El mundo que yo deseo" que acabo de terminar y daré a la imprenta en breve.

Pero nadie se ría de mí. Estoy bien enterado de que todas mis predicaciones en defensa de la libertad y de la justicia, son tiempo perdido.

ANGEL OSSORIO Y GALLARDO

Dr. Andrés Townsend Ezcurra

Militante del partido aprista del Perú.

En la nación cristaliza un conjunto de hechos materiales y de comunidades en espíritu. La forjan los resortes de la economía, la consolidan los riesgos de un destino, la acentúan la afinidad racial, el verbo idéntico, las esperanzas mancomunadas. Creo que la nación es una realidad poderosa e incontestable sobre la cual se puede —y se debe— planear la reconstrucción del mundo. No podemos imaginarla por la consumación de una suerte de inmenso plebiscito en que todo el universo se convertiría en un "distrito electoral único", para hablar en términos de sufragio. Los pueblos se han ido agrupando en unidades características y su coordinación debe ser el medio y el fin de la paz. No se me esconde, por cierto, la objeción clasista a la palabra y al significado de "nación". Pero debe entenderse cada vez que la utilizo, en un significado propio y restricto: la nación no envuelve en sus rangos a las clases parasitarias. La nación pertenece al pueblo y es el pueblo organizado. Porque, si se examina bien, lo único nacional que existe es el pueblo. Lo internacional característicamente son las clases parasitarias. El pueblo que es sangre y substancia de la economía es por eso patria: riqueza como producto de trabajo, invívito sentido del terruño por su vinculación inmediata al suelo. El pueblo es planta y árbol, adosado a la tierra y viviendo de ella y para ella. Las clases dominantes son, a lo sumo, la fauna local, que vive, acecha y medra sobre la tierra. De ellas sólo servirán sus huesos como abono. Y su piel como adorno.

Se afirma que la nuestra es una época de nacionalismos y se achaca a ellos una gran responsabilidad en la contienda. Es sólo parcialmente valedera esta afirmación. No asistimos al simultáneo estallar de un ímpetu agresivo de todas las naciones, de un celo de su afirmación. Lo que se percibe es el brote desorbitado de algunos nacionalismos expansivos y arrogantes que de su auto-afirmación han pasado a negar la afirmación ajena. Si los nacionalismos se multiplicaran se afirmaría —aunque esto parezca paradoja— la comunidad internacional, pues la división impediría que cuatro o cinco naciones se apoderaran del mundo y movilizaran a las demás en su servicio. Pues nuestra época no es de nacionalismos sino de imperialismos, cosas que no se identifican como suele creerse, sino hasta más bien se oponen. El imperio es generalmente una creación a-nacional, cuando no anti-nacional. El imperio se basa en la negación de algunas o muchas nacionalidades y el predominio de un fuerte grupo central, generalmente desprovisto de genuino sentido nacional a fuerza de vivir para la generación de su dominio, tan vario y disperso. La subsistencia del imperialismo —económico o político o cultural— proporciona la existencia de nacionalidades sin nación y de las naciones sin nacionalidad. La posición antiimperialista envuelve así: 1) La cristalización de las nacionalidades en formas nacionales, lo que vale decir su coordinación en Estado; y 2) La afirmación de los que existan librándolos de yugos o cadenas económicos o culturales. Pues en esta "era de nacionalismos" hay más naciones oprimidas que en cualquier otra de la historia. Los grupos nacionales deben recuperar su autonomía y cultivar su genio, pues es la manera única de servir a la idea universal.

Quien crea que ser internacionalista es olvidar a las naciones incurre en el mismo error de quien creyera al esperanto —lengua sin sangre, de creación académica— un idioma creador. Ninguna obra perdurable se escribirá en esperanto ni en volapuk. Como ningún humanista, por grande que fuera su saber filológico, pudo escribirla en el latín del Medioevo. Cuando se agotaron las bases humanas que dieron origen a la lengua de Cátulo se extinguió también la posibilidad de creaciones magistrales. Irrumpieron entonces —estropajosas y balbucientes— las lenguas romances. Los cultos y deshumanizados se quedaron con su latín muerto tan erudito como

estéril. No hay internacionalismo posible sin nacionalismo previo.

Los bloques regionales. — Creo que el mundo estará maduro, tan pronto termine la guerra, para una política de coordinación internacional y el establecimiento de un Consejo ecuménico que supere y corrija las fallas que invalidaron a la Sociedad de las Naciones, fruto reconcoroso y mutilado de la contienda anterior. Y creo, asimismo, que para muchos pueblos habrá de ser tan imperativo como su existencia el organizarse en bloques regionales con economía planeada, representación externa sincrónica y autoridad supernacional. ¿No es acaso el problema de los países de la "Mittel Europa"? Ya dijo Huxley ("Eminencia Gris") que uno de los errores de 1918 fué desorganizar el imperio de los Habsburgo. Estaba bien ratificar el derrumbe de la caduca dinastía de tan maligna acción en Europa, resuelta por sus pueblos antes de que la confirmaran las potencias. Lo que estuvo mal fué parcelar esa organización en Estados insostenibles, oscilantes entre el protectorado francés ("Pequeña Entente"), la amenaza rusa de absorción ("Paneslavismo" de cuño nuevo), o la dictadura alemana ("Nuevo orden" en Europa Central). Con todo, se trata de un problema europeo y su resolución nos es ajena.

Creo firmemente, sí, en que Indoamérica debe conseguir su unidad o perecer. Si la guerra no es seguida por un movimiento social de envergadura que destruya en sus centros mismos de origen al capitalismo imperialista, nuestra América estará expuesta a la agresión de las nuevas fuerzas que hereden o aprovechen el triunfo. Seremos, como lo ha señalado Haya de la Torre, "botín de la victoria". Agruparse sólidamente en alguna forma de anfictionía o federación que respete el genio nacional de cada país y sus instituciones —dentro de la genérica, indispensable y auténtica definición democrática— es alzar la primera y poderosa barrera contra la invasión económica, política o militar. La unidad de nuestra América, que en Bolívar fuera sueño grandioso y frustrado, en el siglo XIX ideal de un grupo de escogidos y en nuestra época creciente anhelo de muchedumbres, se torna por acicate de la presión externa, una tarea que nos es tan cara como la vida misma. La impone la economía con su exigencia sin retórica. Y la demanda el cumplimiento de nuestro destino y la necesidad de cumplir en común la tarea de cultura, de libertad y de justicia que viene implícita en las entrelíneas de nuestra historia.

Es impostergable también la armonización de las relaciones interamericanas entre una América Latina unida y libre y los Estados Unidos, que ambicionamos libres de virus imperialistas y auténticamente "buenos vecinos". Nuestro deber es trabajar por ese entendimiento continental que imponen la geografía y las relaciones económicas, dándoles las bases de justicia y equilibrio que están admirablemente precisadas en el "Plan Haya de la Torre" del "inter-americanismo democrático sin imperio".

¿Fallas del régimen democrático? Lo esencial es su pasividad ante el movimiento reaccionario. El que fuerzas económicas surgidas en la edad temprana de la democracia hayan detenido su progreso hacia formas superiores de organización social no invalidan lo que hay de eterno y progresivo en la democracia: respeto a las determinaciones nacionales, de las provincias, de los municipios, de los sindicatos y, en última instancia, aceptación de la dignidad del hombre y de su poder creador. La democracia es capaz de todas las realizaciones, y su aplicación no puede limitarse a meros aspectos externos de la relación política. El mundo de posguerra estará obligado a imponer la justicia social —anhelo y señuelo de la época— sin destruir lo perenne y dignificador de la democracia. Un autor austríaco antifascista (Koestler, en "*The Scum of the Earth*") ha resumido ecuacionalmente estos problemas: Enuncia cuatro fórmulas básicas: En economía, a) economía sin control, y b) economía planeada. En política, c) democracia y d) dictadura. Estos elementos pueden combinarse diversamente: a) y d) dan un tipo de autocracia y economía anarquizada que Koestler supone superada hace siglos: en realidad persiste en gran parte de nuestra América tiranizada y vendida; a) y c) integran la fórmula del capitalismo democrático; b) y d) la del Estado totalitario; b) y c) la fórmula ideal de futuro. Este puede ser el gran ideal histórico de nuestra América: lograr la fusión de la democracia y la economía dirigida, la alianza de la libertad y de la justicia social.

Capitalismo e imperialismo. — "¿Cómo impedir que las naciones de mayores recursos o más industrializados avasallen a los pueblos más oprimidos " es el problema cuya existencia determinó la aparición del movimiento aprista en cuyas filas me enrolo. La teoría aprista ha considerado que nuestra América estaba en progresivo camino de sumisión al imperialismo extranjero, en peligroso trance de colonización y sometimiento. La proyección del sistema capitalista sobre Indoamérica determinaba la deformación económica (monocultura), la alteración estructural del feudalismo nativo sin repercusiones políticas en la oligarquía y el establecimiento de un Estado-yugo representativo de las clases foráneas y nativas que aprovechaban de esa explotación. Frente al Estado-yugo el Aprismo propuso el Estado-Defensa. En él tendrían participación y comando las tres clases afectadas por el imperio: proletariado, campesinos y clases medias. La nacionalización progresiva de tierras e industrias pondrá en manos del pueblo los resortes de una economía rescatada e impedirá que prospere una burguesía nacional beneficiaria probable de un desalojo del imperialismo extranjero. La democracia funcional —términos en los cuales el aprismo resume su aspiración hacia la justicia sin desmedro de la libertad— será la formulación política del Estado-defensa antiimperialista.

ANDRES TOWNSEND EZCURRA

Ing. Jacobo Maguid

Ex director del semanario "Tierra y Libertad", de Barcelona.

Para formular proposiciones para una reconstrucción mundial después de la guerra, preciso es encarar dos aspectos igualmente fundamentales. El primero, se refiere a los objetivos esenciales, a la finalidad de esa reconstrucción. El segundo, sin el cual esta última sería irrealizable, tiene relación con las condiciones, las fuerzas y los recursos capaces de provocar y afianzar una transformación tan vasta y trascendental.

Los fines de la reconstrucción. — Según los conductores de la guerra que enuncian planes y normas generales para el período decisivo que seguirá a la derrota militar de las fuerzas del "eje", todo cuanto se ha de reformar, cualesquiera sean los medios que se pongan en práctica para la organización económica y política después de la victoria aliada, no puede salir, y no saldrá en tanto dependa de ellos el conseguirlo, de los límites fijados por una premisa terminante: la subsistencia del sistema capitalista.

Para nosotros, la finalidad del esfuerzo reconstructivo debe apuntar a lo contrario. La experiencia cumplida por el sistema imperante es la prueba irrefutable de su fracaso en todos los órdenes de la vida. Fracaso en el terreno económico, al cargar sobre los productores el peso de una explotación "legal" que convierte a los obreros industriales y agrícolas, a los empleados, a los técnicos, a los hombres de ciencia, en instrumentos de los fines de enriquecimiento de las minorías privilegiadas adueñadas de los medios de producción. Fracaso que tuvo su más vivo simbolismo en las crisis determinadas por el maquinismo, por los progresos científico-técnicos, que en vez de favorecer un mayor bienestar de los pueblos, culminaron en los resultados por todos conocidos y que no detallaremos aquí: millones de desocupados, limitación de la producción, restricción de las áreas de cultivo, elevación de los precios de los artículos de primera necesidad, desvalorización de los salarios por la inflación, destrucción de productos elaborados, reducción de la capacidad adquisitiva de los trabajadores, especulación, monopolio, etc.

No menos trágico en sus consecuencias, fué el fracaso del capitalismo en el aspecto político, en la función de preservar y garantizar la paz, en la empresa de asegurar a los ciudadanos el goce de las libertades llamadas democráticas, en el respeto de los derechos de los pueblos de las colonias, protectorados y dominios, en el apoyo a las causas más nobles enarboladas por pueblos ansiosos de libertad y justicia.

Señalamos los fenómenos, sin extendernos en su análisis ni abundar en su documentación. Una bibliografía bien nutrida nos dió, después de la guerra de 1914-18, detalles impresionantes y testimonios categóricamente condenatorios para el sistema que engendró aquella catástrofe. En el famoso Tratado de Versalles estaban los gérmenes de una nueva crisis de sangre, que precipitó la política de las grandes potencias democráticas. El pánico a la revolución, dió alas al fascismo y al nazismo, que tuvieron el alimento tonificante de las industrias y de las finanzas del capitalismo anglobritánico. El miedo a la revolución dió pie a la tristemente célebre política de "apaciguamiento" y a la no menos funesta y vergonzosa "no intervención" contra el pueblo español.

El estatismo creciente, incorporó muchas prácticas totalitarias en el campo interior. El imperialismo no disminuyó, sino que perfeccionó sus métodos de penetración, de subyugación política y económica de inmensas masas humanas sin derecho a vivir como pueblos libres.

Un sistema que tantos sufrimientos y horrores gestó, un sistema que en un período de veinte años no pudo evitar dos guerras mundiales, un sistema que no sabe manejar las maravillosas conquistas del genio humano en bien de los pueblos, está históricamente sentenciado. O desaparece, para dar lugar a una nueva ordenación económico-política, a un nuevo mundo que permita vivir sin los castigos de la miseria, de la servidumbre económica y política impuesta por el capitalismo y el Estado, o subsiste para desgracia de los pueblos, como fuente permanente de conflictos, de lacras sociales, de injusticias y de angustias.

Ni los planes de "seguro social" contenidos en el proyecto Beveridge, ni la hipotética preocupación del Estado para lograr trabajo para todos enunciada por Roosevelt, rozan el problema de fondo. Al fracaso experimental comprobado, que impone una profunda modificación de estructura para lograr fines opuestos a los del capitalismo, se suman los irrefutables argumentos de la razón y de la ética. Los argumentos siempre válidos y actuales de los precursores del socialismo. La razón rechaza a un sistema basado en la esclavitud del salariado, en la desigualdad de clases. La ética condena a un sistema que niega el pan y la libertad a todos los individuos de nuestra especie, que por el solo hecho de nacer a la vida tienen pleno derecho a la satisfacción de sus necesidades físicas y espirituales, a cambio de su contribución útil al esfuerzo común.

Las condiciones y fuerzas para la reconstrucción. — Los Estados triunfadores en la guerra actual podrán materializar todo o parte de lo que vienen preparando a través de sus comisiones y de sus especialistas para la posguerra. Podrán fundar una nueva Sociedad de Naciones, esta vez respaldada por un ejército poderoso; podrán frenar el impulso de los pueblos desmovilizados que pugnen por instaurar regímenes que garanticen sus derechos; podrán transformar sus grandiosas industrias de guerra en industrias civiles; podrán dar trabajo en la reconstrucción de ciudades enteras a quienes hoy combaten; podrán acordar subsidios y seguros estatales a las víctimas de la guerra y de la crisis que ha de seguirla; podrán, en suma, alcanzar su objetivo central: conservar como sistema rector del mundo al capitalismo. Lo que no harán, lo que no construirán es lo que podría salvar a la humanidad de nuevas tragedias. Es decir, una verdadera transformación social.

Sería absurdo esperar soluciones anticapitalistas de los gobiernos de los Estados Unidos y de Inglaterra, del mismo modo que sería ridículo proponer a la Rusia staliniana cambios que echen abajo su burocracia dictatorial. Si en otros campos no existieran condiciones, fuerzas y recursos capaces de fructificar en un esfuerzo gigantesco que cambie el curso de la historia, si la trayectoria de los pueblos no ofreciera precedentes, experiencias, ejemplos que confirman nuestra fe en aquellas condiciones y fuerzas, nuestras proposiciones no dejarían de ser sueños, hermosos sueños por cierto, de redención social, sin posibilidad de realización.

Está demostrado que las grandes conmociones sociales —y las guerras lo son en gran escala— crean condiciones aptas para un resurgimiento de los impulsos históricos que hacen avanzar en sus conquistas a los pueblos. La realidad de la catástrofe, la rebeldía ante horrores y torturas sin límites, el odio contra quienes provocaron o no impidieron tanta tragedia, la búsqueda de caminos que no sean los ya recorridos con tan espantoso desenlace, la ansiedad por una vida más digna, por una tranquilidad que sirva de bálsamo a las heridas aun abiertas, confluyen en la hora que puede ser decisiva. Las condiciones para un cambio social surgen sobre las ruinas de la sociedad gestadora de la horrible matanza. El espíritu de revuelta no es sólo, entonces, la protesta contra el infierno vivido, sino el estímulo poderoso que moviliza a las masas. Con el primer grito de libertad, prende en los pueblos la llama creadora. Para darle cauce, para fecundar esas condiciones del medio, son indispensables las fuerzas conscientes, las fuerzas, minoritarias casi siempre, que interpretan los anhelos del pueblo y que lo orientan en la empresa reconstructora con decisión y con eficacia.

De la existencia de esas fuerzas, de la orientación que den a sus realizaciones, de la expansión que a través de las fronteras tengan los movimientos libertadores, del adecuado empleo de los recursos impuestos por las circunstancias, de la intervención directa que en el proceso inicial tengan las masas productoras y de muchos otros factores que pesaron en las grandes revoluciones, depende el éxito de una reconstrucción que esté a cargo del único sector llamado a hacerla con fines justicieros: el pueblo.

Economía socializada y Federalismo libertario. — El principio de producir para la ganancia, debe ser substituído por el de la *producción para satisfacer las necesidades de todos los individuos de la colectividad*. El sistema que utiliza los medios de producción en beneficio de las minorías privilegiadas, debe dar paso a un sistema en que dichos medios —las tierras, las fábricas y talleres, los medios de transporte y comunicación, los laboratorios de investigación científica y de ensayos técnicos, las máquinas y herramientas, los sistemas racionales de explotación de las fuentes de energía, de extracción de las materias primas y de elaboración de los productos, todo el conjunto de recursos que la mente humana ha creado y vaya creando—, sean patrimonio colectivo, para fines de utilidad social. La ley de la oferta y la demanda, la ley de la competencia y de la carrera hacia la riqueza, que arrollan y aplastan implacables a la gran mayoría de los seres humanos, deben ser borrdas para siempre por el nuevo principio de la convivencia con iguales deberes: *trabajar según las aptitudes de cada uno y de acuerdo a las necesidades de una producción racionalmente organizada*, y con iguales derechos: *gozar de*

Todas las respuestas a esta Encuesta expresan solamente el pensamiento de sus autores. Su publicación no implica que sus conceptos sean compartidos por la Dirección de la revista, la que expondrá su propia opinión al final de la Encuesta, sintetizando y procurando recoger en sus conclusiones las ideas fundamentales de todos los colaboradores de la misma.

los beneficios del trabajo solidario, satisfacer las necesidades materiales, intelectuales, espirituales. Al caos de una economía sustentada por el esfuerzo de los trabajadores, que condena a los forjadores de las riquezas a la miseria y a la incertidumbre, con su secuela de alta mortandad, de enfermedades, de crímenes y de vicios, debe suceder el verdadero orden: una economía socializada, en cuyo funcionamiento y dirección intervengan los productores mismos, los consumidores mismos.

Una nueva función impone nuevos órganos. Las tierras socializadas, las industrias socializadas, la distribución socializada, exigen un mecanismo adaptado a los fines del sistema reconstructor. La observación más elemental, la lógica más simple, nos dicen cuáles pueden ser los órganos realizadores de la nueva economía: las organizaciones económicas de los productores. Los sindicatos industriales, las comunas o colectividades agrarias, las cooperativas de distribución, que partiendo del lugar básico de trabajo van entrelazando los sectores de una misma industria o forma de trabajo, hasta constituir los organismos relacionadores de una localidad, de una provincia, de una región, de un país. Abarcando zonas más amplias, el mismo sistema permite la creación de los organismos internacionales correspondientes a cada industria y a toda la economía.

Para la coordinación económica, para la organización de *todos* los aspectos de la vida social —sanidad e higiene, educación, comunicaciones, cultivo y difusión del arte, etc.—, el Estado no es sólo innecesario en un sistema regido por el principio federativo que tiene por eslabones a los organismos de los productores, sino que su subsistencia entorpecería el desarrollo armónico de la sociedad y, de acuerdo a su conformación, a su naturaleza, históricamente verificada, crearía un aparato de opresión, cuya tendencia permanente sería la de fortalecerse hasta dominar totalmente. El llamado "socialismo de Estado" convierte al Estado en empresa capitalista única, con la consiguiente esclavización del pueblo. La pretendida "dictadura del proletariado", fórmula aplicada por los bolcheviques en Rusia, se traduce en un totalitarismo a cuya cabeza está una nueva clase privilegiada —la burocracia de un partido— y un jefe único: el dictador. El socialismo no puede coexistir con un régimen político opresivo. Unicamente puede ser efectivo mediante un sistema controlado por los mismos productores, de abajo a arriba, federativamente, en un clima de libertad.

La diversidad de condiciones económicas y geográficas han de influir, sin duda, en la elección de los organismos económico-políticos. En algunos países puede establecerse una vasta Federación de Industrias, incluyendo las agropecuarias; en otros será más viable una combinación racional de tales Federaciones con las Comunas o Colectividades agrarias federadas; otras veces, podrá coordinarse la producción y la distribución a través de los Sindicatos y las Cooperativas federadas. La denominación y las variantes no pueden preocuparnos. Lo esencial es construir partiendo del productor y del consumidor, de los Consejos de fábrica o taller, de sección, de industria, de chacra o granja, núcleos básicos del sistema.

Una experiencia valiosa: la realizada por el proletariado en España. — Ilustrativo en grado sumo es el ejemplo brindado por la experiencia realizada (desde julio de 1936) por los sindicatos de España, que fueron creando los instrumentos técnicos, paralelamente a los de tipo sindical, partiendo de los Consejos Técnico-administrativos de taller, de sección y de industria en cada localidad hasta llegar a los Consejos regionales y nacionales de industria, ligándolos por medio de las Federaciones Locales y Regionales de Economía y —nacionalmente— a través de un Consejo Económico Confederal, en el cual estaban representadas asimismo las grandes Federaciones de las Colectividades Campesinas.

Para comprender la practicidad del sistema que propugnamos, bastará remitir a los que dudan o desconfían de la capacidad realizadora de los obreros, de los campesinos, de los técnicos, agrupados para las funciones productivas y distributivas, a la documentación publicada sobre el magnífico esfuerzo del proletariado español, particularmente de los hombres y mujeres de la Confederación Nacional del Trabajo. Las imperfecciones de la nueva estructura, frutos de la improvisación forzosa y, sobre todo, de las cambiantes circunstancias de la guerra y de sus innumerables trabas, fueron superándose sobre la marcha, sin descuidar el más vital de los frentes: el de la lucha armada contra el fascismo. Así, en febrero de 1937, el Congreso Regional de la C. N. T. de Cataluña, concretó una estructura sindical dividida en doce grandes Federaciones de Industria, vinculadas por el Consejo Regional de Economía. Una minuciosa organización entró en funcionamiento, lográndose resultados admirables, a pesar de la fobia antisindical de los partidos políticos y de la obstinada obstaculización del Estado central. Tiempo después se constituía en Caspe, en un congreso, la Federación de Colectividades Campesinas de Aragón, aprobándose resoluciones de carácter técnico y orgánico de trascendencia. En enero de 1938, cuando el Estado ya había intervenidi con resultados funestos siempre, muchas industrias organizadas por los trabajadores —recuérdese la obra de la C. N. T. en las industrias bélicas—, cuando la guerra planteaba problemas y situaciones cada día más graves, un congreso único en su género, —el Pleno Económico Nacional de la C. N. T.— aprobaba, en Valencia, tras laboriosos estudios de las experiencias cumplidas y de las perspectivas inmediatas, una estructura y unas normas de trabajo, basados en veintiuna Federaciones Nacionales de Industria, relacionadas por un Consejo Económico Confederal, que a su vez subdividía sus tareas en Secciones y comisiones especializadas para cada aspecto de la economía. Este sistema debía llevar a la creación del Consejo de Economía Nacional, cuando en todo el país se verificase la adopción de los principios de la economía socializada. Si bien esta promisoria experiencia no pudo desarrollarse —por razones obvias— de acuerdo a los planes aprobados por los representantes de los Sindicatos de Industria, de las Federaciones de Campesinos, de las Colectividades agrarias, de los Consejos Técnico-administrativos y de los Consejos de Economía locales y regionales, lo realizado y los lineamientos trazados para el porvenir son índices elocuentes sobre la *posibilidad de una reconstrucción basada en la socialización integral de la economía y en la implantación de un sistema federalista, partiendo de los núcleos básicos —en los lugares de trabajo— constituídos por los productores mismos.*

América, en la reconstrucción. — Creemos que los pueblos de América, sometidos a la influencia de los grandes Estados exportadores que tienen inversiones fabulosas en todos los países de habla latina, están llamados —el día en que se decidan a labrar un porvenir mejor, un mundo nuevo— a cumplir un doble esfuerzo que reclamará la máxima sol[illegible]dad, la más estrecha inteligenciación en su empresa. Ese doble esfuerzo no admite límites divisorios. Debe abarcar la independencia de los capitales extranjeros, es decir, el fin del "colonialismo económico", traducido en la servidumbre política, en los conflictos bélicos, en el reinado de las oligarquías amparadas por este o aquel grupo imperialista. Debe comprender la liberación interior, para establecer un sistema de vida como el que esbozamos más arriba, adaptando sus instituciones a la economía y geografía del continente, que por sus riquezas puede llegar a ser una gran Federación de pueblos, una Federación que supere el nacionalismo cerrado entre fronteras, para fomentar un nuevo espíritu, sin el cual sería imposible una sociedad emancipada. El espíritu de la solidaridad, del apoyo mutuo, de la compenetración recíproca entre individuos y pueblos.

Entonces, y sólo entonces, será posible que los pueblos estén representados en los congresos y conferencias internacionales; entonces, y sólo entonces, será encarado y resuelto el problema doloroso de las razas indígenas; entonces, y sólo entonces, América podrá ser, junto a los otros continentes liberados, o sola en el ejemplo, lo que todos soñamos: *libre.*

J A C O B O   M A G U I D

LA TENSION NEUROTICA DE LA URBE

Entre los signos inequívocos de decadencia, destacamos en primer término la disminución de la natalidad, que hemos de tratar posteriormente.

El punto neurálgico nacional de la patología de las masas es Buenos Aires. No son sus 200.000 sifilíticos, sus 40.000 locos, sus 200.000 niños anormales, sus 100.000 prostitutas, ni los millares y millares de tuberculosos, ni la inmensa caravana de tarados de todas las enfermedades somáticas conocidas cuanto nos interesa. En este momento nos ocupa la natural personalidad neurótica de la urbe, del conjunto unitario de hombres y masas que viven y trabajan en la ciudad.

Es esta enfermedad de hombres y masas, la que marca otro punto de mucha importancia en la valoración del conjunto político, económico y social denominado Buenos Aires.

La aglomeración artificial de grandes masas produce un tipo de vida gregaria contraria a la naturaleza humana. Tanta aglomeración en tan poco espacio, da a los hombres, a la par que enfermedades infecciosas, otra tanda de taras mentales y anímicas visibles e invisibles. El ritmo acelerado y compuesto de la vida "normal" produce un ambiente de superexitabilidad que trae una tensión nerviosa sostenida, ante la cual se presenta como salvación o salida una enfermedad manifestada por los gustos y orientaciones de las muchedumbres. Naturalmente este fenómeno tiene su repercusión individual, y se comprueba un aumento de las enfermedades nerviosas y neurosis, de tal manera que se llega a una casi desaparición de la normalidad.

La enorme ciudad se presenta como fuente de degeneración. Los del interior adultos que van a vivir a ella, sufren notables transformaciones, muchas de ellas iniciación de fenómenos patológicos, por cuanto no se pueden adaptar rápidamente a una vida urbana tan diferente y variada. Las hondas diferencuís de modalidad y los contrastes entre la vida provinciana campesina y de la capital, producen verdaderos desequilibrios, sin agregar, por supuestos y conocidos, los innumerables causados por los efectos de la lucha por la vida. La desocupación y la miseria en general hacen, de sus masas, seres que no están determinados para la normalidad; trastornan el plan de vida del individuo.

Existe en la sociedad actual una gran diferencia en las modalidades, fundamentos y matices entre la vida de campo y urbe, en perjuicio del habitante de los dos sectores; en uno, por la normalidad desequilibrante, y en otro por los desequilibrios naturales de la ciudad. Esto es constante, en primer término, para miles y miles de hombres que anualmente van del interior y luchan por adaptarse.

Los seres vivientes tienen una plasticidad especial que les da predisposición a la adaptación, lo cual se ve en mayor escala en el niño.

La vida de nuestra gran urbe no es buena. Es artificial; lo dice el buen sentido. El trabajo se realiza penosamente; insuficiente es la alimentación, el vestido es anticientífico y deficiente la vivienda.

Las gentes ambulan como los gitanos, mudándose una o dos veces al año, de conventillo a conventillo o de un departamento a otro (inaugurando); ésto trae un hondo proceso de descomposición que actúa en la vida social, en la economía y en la política.

A los hospitales de la ciudad de Buenos Aires acudieron durante el año 1941 más de 5.000.000 de enfermos; en los dispensarios antivenéreos municipales y particulares en el mismo año fueron atendidos 906.504 enfermos (1); es cierto que los había de provincias, pero en su mayoría son de la capital y sobrepasan la cifra de habitantes.

Los trabajos del Instituto Nacional de la Alimentación demostraron que el 33 por ciento de los habitantes "sanos" de Buenos Aires están clínicamente enfermos, lo cual puede dar una idea de las condiciones de ese medio ambiente. Estas son antihumanas, con ser mejores que en otras partes.

Grandes masas no se pueden adaptar orgánicamente a la vida de la urbe; surge una descomposición moral y toman cuerpo las grandes corrientes de tensión neurótica, característica de la única gran ciudad entre nosotros.

Como puede deducirse, esto implica un doble peligro: uno para los habitantes de la misma ciudad, y otro para el interior, por los desequilibrios que se forman en las interrelaciones, por la falta de comprensión, sensibilidad entre las mismas masas; de allí que se haya dicho que Buenos Aires no conoce, no siente el interior...

Como salida a tales angustias colectivas, se encuentra el auge de las carreras (2), el boxeo, football, lotería (3), la religión (4), etc., y todas las místicas y rituales de los ídolos modernos, que reemplazaron a los antiguos dioses y al pan y circo de Roma. Pero ello no es suficiente; la tensión subsiste en su forma activa y agitada de civilización, lo cual convierte al habitante de la urbe en un neurótico hecho o en potencia, en el mejor de los casos.

Si esta enfermedad se radicara en Buenos Aires y no saliera de sus límites, el daño sería menor; pero el mal se expande en todas direcciones y a veces hasta en las más inesperadas y variadas en que actúa. El contagio total no se produce automáticamente, por la misma naturaleza del hombre del interior, pero se va preparando el terreno psiquiátrico y se empuja el interior hacia una etapa degenerativa, del campo que aspira a imitar a la ciudad forzado por el cine, propaganda de la radio, diarios, revistas, música y demás producciones del comercio que cotidianamente bombardean a los hombres en todas direcciones, tratando de desintegrar su espíritu...

Se ha creado un culto a los paranoides. Existe un delirio colectivo de grandezas que puede ser muy bien causado por la notable disfunción de los doscientos mil sifilíticos que existen en su gran población.

La urbe, decíamos, degenera el medio ambiente natural y crea en las masas un medio circundante colectivo, a expensas de sus cualidades propias y del país. La transformación se ha verificado bajo el ritmo de una aceleración pasmosa. La gente vive arruinada por los ruidos de todas clases de sirenas y pitos; los humos malsanos de los transportes dificultan la normalidad del aparato respiratorio y producen, como la comprueba el Instituto Nacional del Cáncer predisposiciones para algunas enfermedades.

La evolución de la vida urbana va haciéndose cada tiempo más terrible. Los inadaptados urbanos son ejércitos de centenares de miles. El atolondramiento de la vida esencialmente material propio de las grandes ciudades, orienta al hombre en el sentido económico dejando vacíos los otros aspectos, produciendo hondas deformaciones en lo anímico.

"La sociedad moderna que en el curso de la racionalización, racionaliza cada vez a un número mayor de personas y cada vez más esferas de la vida urbana, aglomera grandes masas de gentes en grandes centros urbanos. Ahora sabemos, gracias a la psicología dedicada a los problemas sociales, que la vida entre las masas de una gran ciudad, tiende a hacer a la gente mucho más propensa en sugestiones a expresiones incontrolables de impulsos y a regresiones psíquicas que aquellas personas que están orgánicamente integradas y se mantienen firmes en los grupos de tipo más reducidos" (5).

---

(1) Revista de Estadística Municipal. Diciembre 1941.

(2) En el Hipódromo Argentino se jugaron las siguientes cantidades:

Períodos Años	Importe Jugado en $ m/n.
1935	83.684.874
1936	71.067.132
1937	81.828.306
1938	88.327.824
1939	94.882.860
1940	104.108.846

(3) Las cantidades jugadas en la Lotería Nacional son las siguientes:

Períodos	Emisiones efectuadas	Valor de las emisiones en $ m/n.
1935	49	66.950.000
1936	47	67.190.000
1937	44	72.630.000
1938	43	77.160.000
1939	44	77.790.000
1940	46	79.370.000

En el año 1940 se jugaron en los Casinos de Necochea, Mirmmar y Mar del Plata, prolongación de Buenos Aires, 60 millones de pesos a la ruleta, bacarat, etc., durante la temporada veraniega: 90 % corresponde a Mar del Plata.

(4) Buenos Aires es la ciudad que tiene más iglesias en la república.

(5) Karl Manhein: Libertad y Planificación, pág. 58.

J U A N   L A Z A R T E

¿HABRA UN NUEVO ORDEN MUNDIAL?

El pueblo, siempre rico en sentido práctico y buen humor, al tener conocimiento de que la riqueza del mundo se va acumulando cada vez en menos manos, habría dicho: "Y bueno, esperemos a que el proceso culmine, y cuando todo quede en poder de una sola persona, matémosla, y el sistema habrá terminado con ínfimo sacrificio".

Y así es, en verdad. La acumulación, día a día, se agiganta en forma fantástica. El capitalismo corre el peligro, en su proceso hipertrófico ilimitado, de elaborar su propia muerte. Es ya crecido el número de los que creen y piensan que ha llegado la oportunidad, el momento histórico de intervenir. Algunos lo han intentado ya alguna vez. Pero el sistema cuenta todavía con defensas difíciles de vencer. Una de ellas, la más eficaz y sutil: la fuerza enmarañada y oculta de los intereses creados. Nadie puede escapar a su influencia: ni los que están en la cumbre ni los que están en el llano, político o económico. No es el mal del hombre: es del sistema el mal. Por eso hay ciudadanos que, llegando a las posiciones directivas de un Estado, llenos de energías y de ideas renovadoras, se han encontrado en ellas con un panorama completamente distinto al que imaginaron. Recién entonces descubren que la máquina del Estado está montada sobre un armazón político-económico tal, que es imposible manejarla con entera libertad, y que las ramificaciones de ese sistema van mucho más allá de las fronteras y se extienden por el mundo entero.

Nada vale la buena intención de una voluntad aislada, por recia que ella sea. Se necesita el coraje y el pecho colectivos para detener su marcha y hacerla cambiar de rumbo.

Ya no es posible empecinarse en mantener un régimen económico en el que se derrama el vino, se quema el maíz, se arroja el café al mar y se muere gente de hambre; un régimen que lleva en sus entrañas el germen eterno de la guerra, del odio, de la destrucción y de la barbarie. ¿Puede llamarse a esto, siquiera, sistema económico? ¿No es desbarajuste? ¿Puede haber alguien que sinceramente crea que éste es el destino inmutable de la especie?

Felizmente, no es así. La humanidad está hoy convencida de la necesidad imperiosa de reformar el actual estado de cosas. Escritores, estadistas, filósofos, día a día en número mayor, coinciden en esa idea. La guerra ha removido las conciencias hasta el fondo. La corriente renovadora ya está en marcha; una apreciación más cabal de los valores humanos está surgiendo con vigor de esta nueva hoguera. Todo ello ha de contribuir a formar una nueva y poderosa fuerza social que empuje y eleve a la superficie, al plano superior donde se juegan los destinos del mundo, a los hombres que están imbuídos de esa nueva filosofía. A los capacitados técnica, moral y espiritualmente. Y así, han de ser llamados a tomar parte en la futura conferencia de la paz, para que colaboren en la gran reconstrucción, los hombres de ciencia, los maestros del Derecho, los economistas de ley y, sobre todo, los representantes genuinos del trabajo. La ciencia y la técnica modernas cuentan hoy con recursos inagotables para embellecer al mundo en toda su redondez. Y es ciencia la medicina, la matemática, la química, la estadística, el derecho. Todas ellas, formando armónico conjunto y encaminadas hacia el bien, pueden brindar a la humanidad un mundo como un jardín.

Esperemos, pues, que sea ésta una guerra-revolución; pero para llegar a ello, repetimos, habrá que estar decidido a contrarrestar la influencia de los intereses creados, apartando de las futuras conferencias de la paz a las fuerzas perturbadoras del crudo capitalismo. Si el capital es necesario, no lo es, de ninguna manera, que se esté reuniendo en un cada vez más reducido número de manos, formando una fuerza incontrastable que todo lo arrolla a su paso: moral, conciencia, voluntad.

El aforismo "dividir para reinar" es perfectamente aplicable a lo económico. Así, pues, habrá que subdividir aquella fuerza para debilitarla y hacer que reine un poco de equidad. ¿A qué "ismo" recurrirá el mundo para llegar a ello? No lo sabemos. Posiblemente no sea más que cuestión de legislar a fondo. Por los anchos caminos de la democracia, son practicables todas las reivindicaciones y todos los ideales de los hombres.

Y si esto llega a ser una realidad en el orden internacional, los puntos básicos, fundamentales sobre los que han de levantarse los cimientos de la concordia internacional, si se aspira a que ésta sea duradera: librecambio, distribución equitativa de materias primas, salario internacional, renuncia a ciertos aspectos de la soberanía.

LIBRECAMBIO

Inglaterra fué la campeona tradicional del librecambio. Desde mediados del siglo pasado la extraordinaria expansión de su industrialismo tuvo como base inconmovible la liberalidad en el intercambio comercial. Recién en el año 1921, cediendo a una intensa campaña proteccionista de los industriales y extranjeros, se tomaron algunas medidas de resguardo para la producción nacional. Pero se lo hizo respondiendo a la acción similar de los demás países del mundo que empezaron a levantar barreras aduaneras. Fué, pues, un caso de defensa propia comercial.

La nota aguda del sistema la dieron los norteamericanos, en 1929, con la famosa tarifa Hawley-Smooth, que tuvo como finalidad proteger a todas las industrias del país y provocar una balanza comercial de puro saldo positivo: nada entra al país; todo sale de él.

Esta nueva tendencia de bastarse a sí mismo no nació, como se ve, al impulso generoso de un ideal superior; se engendró en el más crudo egoísmo, en el más cerrado nacionalismo. El sistema se agravó más aun con el advenimiento de las dictaduras de Europa que lo adoptaron, no ya como una cosa puramente comercial, sino con el miraje de una resistencia más fuerte en la guerra que se vislumbraba.

El proteccionismo, salvo raras excepciones, es antieconómico; y para el progreso del género humano, es una verdadera rémora, una fuerza puramente negativa y una fuente eterna de discordias.

Esta política, aunque ya es conocida, no estará de más repetir su mecanismo. Veamos cómo se desarrolla y cuáles son sus funestas consecuencias: supongamos que el país A, en defensa de una industria cualquiera, establece una tarifa aduanera que resulta prohibitiva para el producto similar de procedencia extranjera. El país B, perjudicado con tal medida, contestará en forma semejante. No hay ya ventaja para nadie: las fuerzas se han equilibrado, y el resultado habrá sido: 1º, disminución del comercio entre ambas naciones; 2º, superproducción, como consecuencia, de las mercaderías que antes se intercambiaban; 3º, superproducción, igualmente, de las respectivas materias primas; 4º, reducción de los transportes en general; 5º, desocupación; 6º, caída de precios; 7º, baja de salarios; 8º, en el país A, —que ha establecido una industria antieconómica desde el momento que tiene que protegerla indefinidamente— los consumidores tendrán que pagar un precio más alto por el artículo que antes se importaba, con la correspondiente pérdida del poder adquisitivo de los salarios y la baja del nivel de vida; 9º, desmejoramiento de las relaciones entre ambos países.

Pensemos, ahora, lo que será este sombrío cuadro de la moderna política económica aplicado, como lo está, al mundo entero.

Por eso en estos momentos en que se oye exclamar a cada paso: ¡hay que industrializar al país!, corresponde indagar cuidadosamente qué industrias pueden y deben levantarse; cuáles cuentan con materia prima necesaria; si existe personal técnico y especializado, o si, en caso contrario, es posible traerlo al país; y, sobre todo, reunidos esos factores, saber si el precio que va a pagar el consumidor por esos productos será inferior o, cuando más, igual al importado. De lo contrario, no hay beneficio alguno.

Así, pues, no se ve el objeto de levantar industrias en las cuales puedan enriquecerse diez personas y encontrar ocupación cien, si trece millones se van a perjudicar económicamente.

Se dice, también, que hay que industrializar al país porque ello servirá para compensar las crisis internas que se deban al fracaso de las cosechas. Este argumento no tiene consistencia, si pensamos, desde luego, en el librecambio universal.

Nuestro país —como ya se sabe— es típicamente agropecuario. Su población es por demás exigua. El día que se industrialice, de la manera como quieren algunos, faltarán brazos en el campo, porque las fábricas absorberán todos los existentes, tanto porque los salarios son siempre más altos como porque aquéllas se levantan generalmente en centros urbanos que atraen al poblador.

Cuando la densidad de nuestra población se apriete, al amparo de una política inmigratoria en gran escala, entonces nuestras industrias surgirán solas, vigorosamente, no sólo porque el mayor número de habitantes ofrece la perspectiva de encontrarse con facilidad técnicos y obreros especializados, sino, también, porque la cuantía del consumo estará en relación directa con ese número, y es cosa ya sabida que las industrias modernas se desarrollan económicamente en un medio densamente poblado donde puedan producir en gran escala.

Es claro que hay que reconocer que en las condiciones actuales del mundo, el proteccionismo se hace indispensable en los siguientes casos: 1º, cuando una industria sea realmente esencial al interés y a la seguridad del país; 2º, cuando se trate de defender una industria clave, es decir, que engendre o dé origen a otras; 3º, cuando la existencia de una industria que se desarrolla normalmente esté amenazada por la competencia de mercadería extranjera producida por trabajo excesivo y barato; 4º, cuando una industria sufra por régimen de "dumping", es decir, cuando se venda dentro del país mercaderías a precios más bajos que los que rigen en el país de origen, con el solo objeto de quebrantar la competencia e imponerse definitivamente en el mercado, levantando luego los precios nuevamente; 5º, cuando sea necesario por un tiempo realmente moderado, hasta que sobrepase temporarias condiciones difíciles, provenientes de la inexperiencia fabril o mercantil o cualquier otra causa pasajera.

Pero, si las reformas esperadas llegan y surge un nuevo orden internacional, el sistema no tendrá razón de ser sino únicamente en los casos 2º y 5º, que tienen algún fundamento económico.

La libre circulación de la producción mundial, sin trabas aduaneras ni economía dirigida, tendrá la virtud de provocar en el comercio internacional su autorregulación. Ocurrirá como con esa fuerza física que empuja al agua a buscar siempre su propio nivel.

En un comercio libre los precios, aunque llevarían al principio tendencia a elevarse un poco, debido a la sustracción de los mercados del mundo de gran cantidad de mercaderías producidas forzadamente, se mantendrían luego con más firmeza que en la actualidad, ya que no existiría la posibilidad de que barreras aduaneras, en un momento dado, se levantaran bruscamente quebrando el equilibrio entre la oferta y la demanda. Las mercancías se desplazarían así libremente hacia los puntos desde donde fueran solicitadas, y el mundo se acostumbraría a saber lo que cada uno produce y absorbe, lo que contribuiría enormemente a mantener un ritmo paralelo, más o menos constante, entre producción y consumo. Se habría llegado, de esta manera, a solucionar uno de los problemas más característicos del actual régimen económico: la falta absoluta de coordinación proporcional entre producción y consumo.

Así, pues, si las reformas que el mundo espera después de la guerra se concretan, cada país encauzará sus energías creadoras hacia los puntos de menor resistencia. Que sus industrias y sus explotaciones se desenvuelvan sin violencia alguna, con naturalidad, económicamente, cuesta abajo, si cabe la expresión. Y así como en el orden individual, para que una persona prospere no es necesario que se dedique a diez cosas a la vez, sino que se especialice en una o dos, tampoco en el orden internacional será necesario que un país, para ser próspero, deba abarcar todas las explotaciones imaginables. Bastará que cada uno produzca lo que se avenga mejor a sus medios y a sus posibilidades, y entonces la especialización nos llevará a un grado imprevisible de perfección.

Por otra parte, así como en el orden particular, también, un comerciante que sabe administrarse, puede resistir perfectamente de cada dos años buenos uno malo: en el orden nacional el fracaso de una cosecha no puede ser nunca motivo de un gran desastre, ya que la economía general, normalizada y fortalecida en el librecambio, permitirá afrontar con facilidad un fracaso ocasionado por causas naturales, máxime si el pueblo está educado en el ahorro y en la sabia inversión de su dinero, como debe estarlo.

Las barreras aduaneras son, pues, absurdas y ridículas, y han hecho más por las discordias internacionales que todas las carreras armamentistas. Más aun: éstas son una consecuencia de aquéllas.

El bastarse a sí mismo es un verdadero onanismo económico, y no puede llegar a ser jamás, por esa sola razón, un ideal. La naturaleza toda nos está enseñando que el intercambio continuo, eterno, es de su más íntima esencia: la planta, en su función clorofílica, absorbe el carbono y exhala el oxígeno; el organismo vivo toma el oxígeno y arroja el carbono. El agua que cae de la montaña y empuja la corriente del río, va a parar al mar; se evapora y vuelve nuevamente a la montaña. El río le da agua al mar, el mar se la devuelve al río. El viento, que cambia la atmósfera, que arrastra la semilla, que empuja la nube, no es más que un intercambio de aire frío y caliente. Hay intercambio sexual y hay intercambio de ideas. Todo es intercambio, el intercambio es movimiento y el movimiento es vida. ¿Está en la mano del hombre el detener la vida?

El librecambio universal es, pues, necesario, indispensable e impostergable.

SALARIO INTERNACIONAL

Reclamará, también, la paz del mundo el establecimiento de un salario mínimo para las industrias cuyos productos se presentan a competir en el mercado internacional. Es una realidad ineludible. No es posible admitir que determinados países —y podemos señalar uno como ejemplo típico: Japón—, sobre la base del pago de bajísimos salarios y largas jornadas, entre a competir en el mercado internacional en forma harto ruinosa, vendiendo artículos a precios dos, tres, cinco y diez veces más bajos que otros países.

Esa competencia desleal en el comercio, basada únicamente en la explotación inicua del trabajo, no puede ser patrimonio moral de países que pretendan formar parte de una moderna civilización. Su práctica es motivo de lógicos resentimientos entre las naciones y está originada, como se ve, en la más cruda injusticia social. Quien quiera entrar en los torneos de la competencia mundial, deberá hacerlo sobre la base de la calidad, y aun de precios inferiores, pero cuando éstos están originados en la abundancia de la materia prima o en la mayor productividad de las fábricas.

Es un asunto de extraordinaria importancia que indudablemente inducirá a los hombres de las futuras conferencias a encarar el problema con decisión. Es claro que este salario será materia de complicados estudios y trabajos. Deberá ajustarse a infinidad de modalidades, costumbres, usos y, más que nada, al distinto poder adquisitivo de la moneda en cada país. Pero, a pesar de todo, lejos está de ser una utopía.

MATERIAS PRIMAS

Sumner Welles, dijo en uno de sus últimos discursos: "Hemos de convencer a los pueblos de la tierra de que su seguridad no dependa de los territorios sino del acceso a aquellas materias primas que se han hecho tan esenciales desde la revolución industrial. Cuando lo hayamos comprendido así y demostremos que se puede establecer una organización según la cual dichas materias están efectivamente a la disposición de todos en tiempos de paz, habrá desaparecido gran parte del poder de los dictadores para influir en el ánimo de los pueblos". Y en la Carta del Atlántico, documento de indudable trascendencia histórica, ya se introdujo un punto relativo a este centenario problema de las materias primas: "Todo país, grande o pequeño, vencedor o vencido, deberá tener acceso a los mercados del mundo y a las fuentes de materia prima".

Aquel discurso y esta promesa constituyen todo un programa de justicia internacional. Veremos si los gobiernos que han suscrito esta última, tienen la suficiente entereza moral para mantener en los futuros arreglos internacionales lo que han prometido en las circunstancias difíciles de la guerra. Veremos si esa promesa ha sido una sincera arma de convencimiento o si fué usada como un engaño estratégico; aunque ya no creemos que el futuro del mundo siga dependiendo de la voluntad bien o mal intencionada de algunos hombres, sino que serán los pueblos quienes dirijan sus destinos.

RENUNCIA A CIERTOS ASPECTOS DE LA SOBERANIA

Así como actualmente en nuestro régimen federal, verbigracia, cada provincia goza de completa autonomía y puede darse leyes propias, pero toda su acción debe encuadrarse dentro de las prescripciones normativas de la Constitución Nacional, así también, cada país, en el concierto mundial, seguirá teniendo la más absoluta independencia, pero será indispensable que sus instituciones políticas, jurídicas y económicas deban responder a un futuro nuevo orden internacional.

Es evidente, entonces, que cada nación deberá sacrificar, en pro de un entendimiento general, ciertos aspectos de su soberanía, delegándola en un organismo central que será, seguramente, una nueva sociedad de naciones, pero mucho más fuerte que la fenecida, tanto como podría serlo por la presencia en ella de todas las naciones del mundo, sin excepción alguna.

Este organismo deberá tener facultades suficientes para actuar dentro del ámbito de los países con misiones de observación, investigación, etc., que lleven el único fin de asegurar el fiel cumplimiento de los tratados.

De esta íntima interdependencia, de este estrecho contacto entre los pueblos, ha de resurgir vigorosamente, ajustándose a nuevos cánones jurídicos, el vapuleado Derecho de Gentes.

Caben aquí perfectamente las siguientes palabras: "El derecho interno es hoy inconcebible sin la existencia del derecho internacional. Debe subordinarse el derecho interno al internacional. Los hombres de Estado, los estudiosos y aun quienes cultivan el derecho, pierden de vista muy comúnmente, que la organización económica y jurídica en lo interior de cada Estado es sencillamente imposible, en nuestra época, sin una organización concomitante de la comunidad internacional" (César Díaz de Cisneros. Conferencia pronunciada en La Plata y publicada en "Anales de la Universidad de La Plata", tomo XIII, año 1942).

Si se arribara a cosa semejante, bien podrían llegar a ser viviente realidad aquellas magníficas ideas del gran Alberdi: "El Derecho debe ser uno para todo el género humano. Dejemos de ver tantos derechos como actitudes tiene el hombre sobre la tierra. El Derecho de Gentes es el derecho humano visto por su aspecto más general, más elevado, más interesante. No es más que el derecho civil del género humano" ("El Crimen de la Guerra", cita de Díaz Cisneros).

¡Qué hermosas, qué bellas palabras las de este visionario nuestro que hace 70 años pugnaba ya por la implantación de un derecho único.

Y bien: si se llega a distribuir la riqueza en forma equitativa; si el librecambio se materializa; si se abren las fuentes de materia prima a todas las naciones del mundo; si se accede a renunciar a ciertos aspectos de la soberanía; si el derecho interno se subordina al internacional; si se levanta una nueva sociedad de naciones, que se confunda con una verdadera confederación mundial, donde campeen como en el más bello jardín las divinas flores de la igualdad, de la libertad, de la confraternidad; y si cristaliza, así, la concordia universal, ¿no habrá reivindicado la humanidad, por fin, los dorados sueños del poeta?

VICTOR ANGUEIRA MIRANDA

TRES CUENTOS de William Saroyan

I Groenlandia

Todas las semanas, los lunes o martes por la mañana, el cartero me trae el *Herald Tribune Books*, de Nueva York, que se refiere a escritos de todas clases y a toda clase de escritores. Muchos han sido ya editados, los más no, y me gustaría saber de una sola calle en donde no haya por lo menos un escritor, y si existiera una pequeña aldea de cincuenta habitantes en la que viva un escritor, me agradaría mucho conocerla. Me gustaría ir a esa población y trataría de averiguar por qué ni siquiera uno de esos cincuenta seres trata de contarnos la historia del hombre sobre la tierra. Me gustaría pasar por dicha aldea una mañana y recorrer tranquilamente la calle principal y sus alrededores, mirando las casas y estudiando los movimientos de los habitantes, porque cincuenta personas son mucha gente y los momentos de su vida son muchos. Me gustaría conocer tal aldea, pero estoy seguro que no existe un lugar así, ni siquiera en Groenlandia, y si creéis que estoy bromeando, no tenéis más que llegaros hasta la biblioteca pública y ver la literatura de Groenlandia; os daréis cuenta entonces de que ese país está lleno de poetas y prosistas, y muy buenos. Es Groenlandia, sin embargo, y a esto quería llegar. La poesía es Groenlandia, y la prosa es Groenlandia. Nuesto país, Norte-América, es dimensionalmente grande, y tenemos muchos escritores, la mayoría inéditos, y mi escrito es San Francisco, y no todo San Francisco, es la parte occidental, desde la calle Carl hasta el Océano Pacífico. Es Groenlandia, y no algún muchacho hábil, y podéis alabar a Dios de que así sea; no la habilidad, sino el lugar; no el arte exactamente, sino la inevitabilidad, la única cosa, Groenlandia.

Yo soy de San Francisco; la niebla, las sirenas, el océano, las colinas, los médanos, la melancolía del lugar, mi ciudad bienamada, el lugar donde me muevo sobre la tierra, después del amanecer hasta muy entrada la noche, la ciudad de mi ir y venir y el lugar donde tengo mi cariño, mis libros y mi fonógrafo. Bien, yo quiero esta ciudad, y su felicidad me es muy querida. Y la verdad es que yo no soy de ninguna manera un escritor y también lo es que no quiera serlo. Jamás trato de decir nada. No debo intentarlo. Digo solamente lo que no puedo evitar de decir, y jamás utilizo un diccionario ni invento cosas. Toda la prosa del mundo está todavía fuera de los libros y mucho más aun fuera de la lengua, todo lo que hago es pasear por mi ciudad y mantener los ojos bien abiertos.

Todos los lunes o martes vuelvo las páginas de este periódico que me traen desde Nueva York, miro las fotografías y leo unas pocas palabras aquí y allá que sòn los títulos de los libros nuevos y los nombres de los escritores. Necesito saber lo que escriben los hombres cuyos libros se imprimen, porque cuando sé lo que se ha impreso puedo comprender lo que no lo ha sido y pienso que la prosa más grande de América es la prosa secreta, y todo el mundo sabe que por cada libro impreso hay veinte, treinta o cuarenta que no lo están: América, lo mismo que Groenlandia.

Yo mismo soy un escritor muy pobre: porque no he leído nunca las obras de los grandes escritores o porque nunca he ido al colegio, y también porque para mí es mucho más importante el lugar que la persona: es más sólido y no habla, y los escritores que tienen libros impresos hablan mucho y la mayor parte de lo que hablan no tiene sentido. Me gustaría saber si hay algo de qué hablar como escritor. Sé que hay mucho de que guardar silencio como escritor. Sé que hay mucho que hablar, no como escritor, especialmente del tiempo: ¡ah, adorable, adorable, el sol es adorable esta mañana!, y así por el estilo; claro que en otras palabras, que significan lo mismo. Y esto es así: hoy es el cuarto día de adorabilidad solar, y el primer día que me he quedado en mi cuarto. Ha sido también muy bueno y he sido muy feliz, y ahora me quedaré en mi cuarto a pesar de la claridad y del aire tibio. Debo quedarme aquí y trataré de hablar de mi ciudad tranquilamente y no como escritor.

Y lo que resulta es esto: Me gustaría tratar de decir lo que todos los escritores inéditos serían capaces de decir si estuvieran aquí, si hubieran vivido estos tres días de tiempo hermoso. Seguramente que no estoy tratando de escribir un cuento. El cuento está aquí, desde luego. Es imposible omitirlo. Siempre está presente, aun si se escribe acerca de la fabricación de relojes o de máquinas eléctricas para lavar, está siempre presente. Es mi ciudad, San Francisco, y es el sol, muy brillante, el lugar, y es el aire, muy claro, y soy yo, vivo, y es la tierra, Groenlandia, no la habilidad, América, no la charla. Este es el primer cuento, y si no os agrada el estilo podéis dejar de leer, porque esto es todo, el lugar y el clima del lugar, y lo que pensamos es menos importante de lo que sentimos, y cuando el tiempo está así sentimos que estamos vivos, y este sentir es la gran prosa y es muy importante, siendo primero el lugar y luego nosotros, y lo es todo, Groenlandia, América, mi ciudad, San Francisco, vosotros y yo, respirando, sabiendo que estamos vivos, bebiendo agua y vino, comiendo, caminando, viéndonos, y son todos los escritores desconocidos y sin fama de todas partes, y dicen lo que yo digo: que todos vivimos y que todos respiramos, de manera que si el estilo no os agrada podéis leer en cambio los diarios de la noche e iros al infierno.

II Vladimir

Vladimir Horowitz estuvo aquí hace ya unos días: una noche tocó el piano en la ópera de San Francisco y las señoras ricas aplaudieron, y dió que hablar. Todavía están hablando de las manos de Vladimir y mucho de lo que hablan no tiene sentido, aparentemente es imposible zafarse de hablar de cosas sin sentido.

Vladimir llegó a esta ciudad en la tarde del martes 27 de febrero de 1934, tocó el piano, y todas las señoras ricas, gordas y flacas, le aplaudieron, él cobró su dinero y se fué, a Los Angeles, creo, y las señoras todavía están hablando de él, sin respirar, aunque en forma asexual, dado que el arte pertenece al espíritu y no a la carne. Bueno, es para reirse, yo también escuché a varias de las damas hablando de las manos de Vladimir, y lo que hablaba no se refería al espíritu ni por asomo: pero, desde luego, no se trata de esto y todo el mundo ha oído hablar a las señoras ricas. Es agradable en un sentido y puede ser también que la charla no fuera del espíritu, hasta los ricos están vivos, respirando.

Si van a los conciertos es para tener algo de que hablar, algo que no sea del tiempo, porque son ricos y porque se considera en los mejores ambientes que es vergonzoso hablar del tiempo. Y las damas tienen que hablar de algo y no pueden hablar siempre de Rusia. Pero el caso es éste: yo otra vez. Debo explicar que nada de lo que digo es puramente autobiográfico, y el hecho es que siempre estoy hablando del lugar y del tiempo del lugar, y yo estoy incluido en el pensamiento porque es inevitable. No es una cuestión de orgullo sino una cuestión de exactitud y de verdad. Lo hago objetivamente: de mi mismo, de este lugar, de esta época.

La tarde en que Vladimir tocó el piano para las señoras ricas me senté en mi cuarto solo, escuchándolo. El concierto comenzó a las 20.30 y una hora antes yo ya estaba en mi cuarto. He visto los exteriores de la ópera de San Francisco muchas veces y en una de esas me colé y vi el interior, de noche, de manera que puedo ver el lugar, sentado en mi cuarto. Alrededor de las veinte comencé a ver los enormes automóviles llegando a la ópera y a las señoras ricas descender de los automóviles y cada una de las damas estaba vestida a la última moda. Después de un rato los automóviles empezaron a llegar en gran número y una policía especial comenzó a hacer sonar los silbatos dominando la situación.

Vladimir apareció en el escenario y las señoras empezaron a aplaudir; tocó y saludó, tocó y saludó, y las señoras aplaudieron; luego cobró su dinero y se fué a Los Angeles, y yo estaba sentado en mi cuarto, sonriéndome. De esto lo que yo espero es que Vladimir haya obtenido una gran cantidad de dinero: eso es lo importante.

Desde el lugar en que yo estaba en la ciudad no podía escuchar bien el concierto, y para ser más preciso no lo podía escuchar en absoluto: sólo podía imaginarme a Vladimir tocando. Bien, por último, a las once de la noche decidí ir a escuchar un concierto por mi cuenta y de paso me dirigí hacia la playa, al borde del océano: la playa es un lugar donde se venden chorizos, donde se puede subir al water-shoot y a otras cosas; y hay también una calesita: me fuí a la calesita para escuchar su música: éste es el segundo cuento y probablemente sea un poco más difícil que el primero, y todo el caso es éste: que Vladimir no tocaba la música de la calesita, y la música de la calesita se producía mecánicamente y era muy mala y muy espléndida puesto que es la música que oyen los niños cuando montan los caballos, cabras, leones y camellos de la calesita, y era la música de las remembranzas, muy mala y muy difícil para hablar de ella y, aun así era muy hermosa, me senté solo a escuchar el concierto, y, a medianoche, cuando la música cesó, yo aplaudí vivamente y grité **bravo**, el segundo cuento, Vladimir, yo y las señoras ricas.

III La respiración de una anciana

El tercer cuento no lo voy a escribir, porque no es un cuento que pueda ser escrito: esta mañana vi desde mi ventana a la anciana que está muy inclinada hacia el suelo y estaba en el sol, caminando y respirando, y estaba vestida de negro como siempre lo está, locomotor ataxia, científicamente, se paseaba al sol y comprendí que era un cuento que no podía escribir, y dije, sólo diré esto: que la vieja estaba al sol esta mañana, ella misma, todavía viva, respirando, la pequeña viejita media doblada hacia el suelo, respirando este lugar y este tiempo, el lugar, no la habilidad, Groenlandia y América, el momento de nuestra respiración, nuestra literatura más grande, no escribiendo **siendo,** no hablando. Vladimir mismo, no la conversación, y su forma de tocar, y la música mecánica de la calesita, y sin niños a medianoche, solamente los espectros de los niños y finalmente el último momento, el momento del paseo y de la respiración de la vieja anciana por el sol, y yo a la ventana, por último yo mismo, Vladimir y las ricas señoras, y la ópera y el océano y los escritores aquí y allá en el sol, y el calor del sol y el aire claro y la anciana, yo escribiendo la gran prosa en la única lengua, la lengua del ser, Groenlandia y América, el joven ruso al piano, la calesita que no gira y siempre el océano Pacífico, mi bienamada ciudad, San Francisco.

W I L L I A M   S A R O Y A N

Este joven escritor norteamericano, hijo de padres oriundos de Armenia, nació hace poco más de treinta años en el sur de California. Se dió a conocer durante la última década como autor de innumerable cantidad de cuentos cortos, uno de los cuales, "The Daring Young Man on the Flying Trapeeze" (algo así como "El atrevido muchacho del trapecio volante"), causó sensación al ser publicado en la revista "Story". Desde entonces los editores norteamericanos se han disputado este fecundo autor de "short stories".

El cuento de referencia dió el título para una selección de cuentos publicados en 1934, de donde sacamos el que hoy presentamos al público. Hace unos años se inició en el teatro presentando una obra titulada "The Time of Your Life" (La época de tu vida), que mereció grandes elogios de la crítica.

He aquí una lista de sus obras principales: "Inhale and Exhale", "Gay and Melancholy Flux", "Little Children", "Lovehere is my Hat", "The Trouble with Tigers" *"My Heart's in the Highlands" y "The Beatiful People".*

"D A V I D"

Por Jorge Romero Brest

La editorial Poseidon ha tomado a su cargo una pesada tarea: la de traer al idioma castellano, en plcras, hermosas y eficientes ediciones, la obra de los artistas de todas las épocas y todas las tendencias. No ha tenido balbuceos en su intento, y sus libros se han impuesto de entrada, porque reunen a su presentación, a su factura y a su esmero, cualidades del texto de consulta, tanto por el conocimiento de oficio con que están hechos como por los estudios que de cada artista o de cada obra se hace, como por la acertada selección de los grabados, que de por sí nos dan una acabada idea de la época o del artista.

Los comentarios llevan firmas prestigiosas: Ramón Gómez de la Serna, Julio E. Payró, Rinaldini, Romero Brest, etc. De este último ha aparecido recientemente "David", firme estudio del artista francés que intentara alientos renovadores con sus teorías y con sus cuadros. La monografía, llena de aciertos, nos muestra al hombre con logrados toques, y junto a su vida jacobina y rebelde, nos lleva, paso a paso, por su inquietud plástica, antiacadémica, heroica, altisonante. Revolucionario en la vida y en el arte, David es visto por Romero Brest en forma ágil, concreta, en un panorama firme que no excluye una crítica acertada, constructiva.

Número a número, iremos comentando los libros de arte de esta editorial, esfuerzo valioso que pone en idioma español —tan escaso en buenos libros de arte—, al alcance de los que deseen cultivarse, obras que hoy son inaccesibles.

P E D R O   O L M O S

"C O M B A T E"

John Buckland - Wright

Gran Bretaña no está empeñada en una lucha sorda, sino que entiende que debe renovarse... y que las palabras son vanas si no hay indicios o jalones que aseguren tal afirmación.

En este difícil tiempo materialista y militar que nos ha regalado el exacerbado egoísmo de la época, tiempo de armas y trincheras, la nación inglesa nos muestra con su maravillosa exposición de ARTE INFANTIL —actualmente abierta en nuestra ciudad— que bajo la aparente capa de frialdad del sajón hay un espíritu dionisiaco, capaz de todas las rebeldías, de todas las comprensiones y todas las esperanzas. Frescos pintores de 3 a 16 años han mostrado que la libertad no es un caos sino un hecho constructor que ayuda al hombre a expresarse airosamente, gloriosamente, su personalidad.

Pero hay una afirmación más rotunda aun: recientemente el London Museum ha abierto sus académicas puertas a las aireadas corrientes modernas. La foto que acompaña esta nota y la de la portada nos muestran dos de las obras que fueron adquiridas. Son vientos de fronda para la tradicional manera inglesa.



EUROPA Y AMERICA

Temo que después de la guerra Europa y América estarán separadas por un abismo infranqueable. Se oye decir a menudo que Europa será socialista mientras que América permanecerá capitalista. Sin embargo, me parece que la diferencia principal no será de orden político.

El hecho capital, de donde hay que partir, es sin duda que América será rica y Europa pobre. Es cierto que los Estados Unidos gastan actualmente sumas astronómicas para la guerra, pero es probable que ello sea compensado con un acrecentamiento de su influencia sobre todos los mercados financieros y comerciales.

En verdad, un exceso de riqueza o de producción puede causar grandes crisis. Es posible que América no se salve de ello. Sin embargo, los problemas que originan esta clase de crisis pueden ser resueltos por una organización económica adecuada. Que haya gente que muere de hambre porque hay demasiado para comer, no es un hecho natural y resulta únicamente de un sistema que se puede mejorar. La situación de Europa será fundamentalmente diferente. Su pobreza no será consecuencia de un mal ordenamiento de la producción o la distribución. Será una verdadera pobreza nacida de la falta total de lo que tienen necesidad los hombres: víveres, ropa, medicamentos, medios de producción y materias primas.

Ningún sistema puede organizar la nada; cualquiera sea el régimen que elija, Europa deberá en primer término reconstruir su economía. Durante bastante tiempo se verá obligada a solicitar la ayuda de América, sea en forma de donativos o créditos, sea en mercaderías o en dinero. Pienso que estará en el interés de América el acordarle esta ayuda, pues ir en socorro de un cliente y de un proveedor en dificultades no es otra cosa que hacer buena política comercial.

Pero un mendicante nunca es bien visto: se comienza por tener piedad de él, después se hace cargoso y por fin se le prodiga sobre todo buenos consejos, optándose por abandonarlo si él no los cumple.

América estará quizás tanto o más inclinada a desarrollar la economía interamericana y ocuparse de Asia y de Africa, en la medida que no comprenderá a Europa, tal como ésta se presentará después de la guerra.

Es que los dos continentes no estarán solamente separados por el antagonismo entre el rico y el pobre, sino sobre todo por ideas y sentimientos diferentes.

América, comprendidos los Estados Unidos, han continuado, por así decirlo, su existencia de antes de la otra guerra. Naturalmente, su vida no se ha detenido en el punto en que se encontraba en 1914, pero su evolución ha sido normal y no fué interrumpida por grandes trastornos. La crisis de 1931 no desmiente esta afirmación, pues las crisis económicas son periódicas en el sistema capitalista, aunque se crea siempre que la última es la más grave. Europa ha conocido en estos treinta años acontecimientos que la han conmovido hasta sus cimientos. La guerra actual concluye solamente la destrucción de un mundo que había dejado de existir o estaba a punto de desaparecer antes del último cataclismo.

Considerad que una parte del continente había sido devastada por la guerra de 1914; que revoluciones y contrarrevoluciones han sacudido Rusia, Europa Central y España; que las crisis económicas con sus consecuencias de desocupación e inflación eran en toda Europa, mucho más fuertes que en América. Pensad que el fascismo después de haberse apoderado de los países en que había nacido hace estragos hoy en las naciones ocupadas, que todas las grandes ciudades desde Escocia al Cáucaso y del Mediterráneo al Mar Blanco han sido o serán alcanzados por bombardeos mortales; que decenas de millones de hombres, mujeres y niños están condenados a morir, a ser mutilados, a estar subalimentados; que cada vez mayores riquezas serán destruídas, mientras tierras inmensas quedarán abandonadas y el instrumental industrial será gastado sin ser renovado. Pensad que innumerables casas, caminos, puentes, túneles y ciudades enteras deberán ser reconstruídos. Y entonces agregad a este sombrío cuadro los desastres materiales y espirituales que causarán inevitablemente las conmociones políticas y sociales de la posguerra.

Está claro que los hombres que han vivido tantas catástrofes tienen otro mentalidad que los americanos. Hablan otro lenguaje, en el que las mismas palabras no tienen idéntico sentido. Un día, habrá que hacer diccionarios que expliquen el significado de ciertos términos en Europa y en América.

Tomemos una cosa tan simple como la identidad de un hombre. Uno podría preguntarse qué se volvería la administración de los Estados, si cada ser humano no tuviera un estado civil bien establecido. Nada impide que esta situación se haga corriente en Europa. Cientos de millares de personas no están más en condiciones de declarar, pruebas en mano, su nombre, edad y lugar de nacimiento, porque no tienen los documentos necesarios y porque las oficinas que podrían reemplazarlos no existen más.

Por la misma razón y a consecuencia de las diferencias entre las legislaciones, es a menudo difícil comprobar si alguno es casado, viudo o divorciado, sobre todo si se refiere a un miembro de familias que han sido dispersadas por los cuatro rincones del mundo, sin posibilidades de volverse a encontrar durante largos años. Hay igualmente millones de europeos que no tienen ya una nacionalidad bien definida, que pueden reclamar la de varios Estados o que son simplemente sin patria. Las autoridades europeas tendrán que resolver esos problemas, múltiples, cuya existencia es bien conocida. Pero si vosotros queréis saber hasta qué punto la Europa de hoy es diferente a América, no tenéis más que pensar que un emigrante se presenta a cualquier consulado americano declarando: "yo no tengo documentos de identidad, ignoro si mi segundo matrimonio es válido y no sé si mis hijos deben llevar mi nombre o el de la madre, la cual no es más que mi concubina en el caso de yo ser bigamo".

¿Qué quedará de la idea de familia en Europa? Los disentimientos políticos vuelven a menudo el padre contra el hijo, el hermano contra el hermano. Pero mucho más grave todavía son las consecuencias de la dispersión que acabo de mencionar. Uno de los signos de la época en Europa son, en efecto, las migraciones forzadas, a las cuales millones de hombres, mujeres y niños se han visto obligados. Un sinnúmero de familias han sido separadas y es de preguntarse cuántas de entre ellas no volverán a encontrarse jamás. Es evidente que el matrimonio, la fidelidad conyugal y la virginidad, pierden en estas condiciones mucha de su importancia cuando las consecuencias inmediatas de la guerra las minan simultáneamente en tantas familias de soldados y prisioneros.

Lo que cambiará totalmente es la autoridad del hombre y la posición de la mujer. Eso no es más una cuestión de derechos; los hechos han sobrepasado ya las reivindicaciones más extremas del feminismo.

Porque en Europa, las mujeres hacen la guerra, pasivamente bajo los bombardeos; activamente en los campos, en las usinas y hasta en los ejércitos. Imaginad que las inglesas que llevan uniforme o las jóvenes rusas que han sido condecoradas por haber dado muerte a un número apreciable de alemanes vienen a vivir en América. ¿De qué hablarán ellas con las americanas del tipo común, si se encuentran, no en reuniones públicas, sino en una confitería o bajo la lámpara familiar?

Continuemos este léxico y veamos qué sentido tiene todavía la palabra propiedad en Europa. La afirmación de que se llega a la riqueza, o solamente a la comodidad, o sólo a la seguridad económica por el trabajo y por el ahorro, suena como una burla; y después de tanto racionamiento, requisas y expropiaciones, no hay nadie que crea que la propiedad sea inviolable.

Los europeos consideran la propiedad como una fuente de ventajas de todo orden, de esparcimientos, comodidades, placeres, pero como ellos no la creen estable no fian más en ella. Por lo tanto piden ellos otras garantías para asegurar su porvenir y el de sus hijos. Esto no es por consiguiente el fruto de teorías colectivistas, pero sí el resultado de una situación de hecho si los Estados europeos están obligados a asumir cada vez más funciones que la propiedad privada cumple todavía en América.

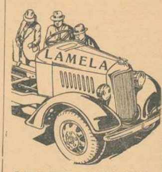
Podría continuar hablando, por ejemplo, de los conservadores, que en Europa se vuelven forzosamente "dinámicos" porque no tienen mucho que conservar. Me limito a comprobar que toda una generación, y no solamente en Alemania y en Italia, ha crecido entre concepciones totalitarias.

Rastros quedarán hasta después que los dictadores totalitarios hayan desaparecido.

La organización política y económica de Europa después de la guerra será probablemente muy distinta de la que existe y persiste en todos los países americanos. Pero esta organización reflejará en todo caso el estado espiritual de Europa.

Serán necesarios muchos esfuerzos y buena voluntad en los americanos para comprenderlo, quizás más todavía de lo que haga falta a los europeos para comprender el estado de espíritu de los americanos. Hasta aquí los dos continentes han participado de la misma civilización. Puede que hayamos llegado a un momento histórico en que su comunidad se divida como la de Roma y de Bizancio después de la invasión de los bárbaros. Esto sería catastrófico para toda la humanidad.

N. P. LENOIR



HOMBRE DE AMERICA

FUERTE Y LIBRE

AÑO IV — MARZO DE 1943 — Nº 19

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 071781

NOMINA DE COLABORADORES

POR ORDEN ALFABETICO

Paco Aguilar — Miguel Angel Angueira — Germán Arciniegas.

Tito L. Bancescu — Julio R. Barcos — Leónidas Barletta — José Basiglio Agosti — Prof. Francisco C. Bendicente — Ing. Carlos Bianchi — Aurora Bogú — Herminia Brumana — Marta Brunet — Antonio J. Bucich.

Dr. Edgardo Casella — Oscar Cerruto — Dr. Florencio Charola — Justino Cornejo (Ecuador) — Dr. Enrique Corona Martínez — Olga Cossettini — Dardo Cúneo.

Carlos de Baraibar — A. Díaz Urrieta — Serafín Delmar.

Oscar Falchetti — Luis Fernández Zárate — Waldo Frank (E. Unidos).

Gerardo Gallegos (Cuba) — Dr. Rafael Grinfeld — Gilberto González y Contreras (Cuba).

Jorge Hess — Prof. Dr. Alfonso L. Herrera (México) — Josua Hochstein (Estados Unidos).

Dr. Juan Lazarte — Layle Lane (Estados Unidos) — Dr. Enrique Loedel Palumbo — Alfonso Longuet.

Dr. Manuel Martín Fernández — Mauricio Magdaleno (México) — Ing. Jacobo Maguid — Alberto Maritano — Aurelio Martínez (Perú) — Félix Molina Téllez.

Dr. Isidro J. Odena — Juan G. Olmedilla — Luis Orsetti.

Lucila Palacios (Venezuela) — Armando Panizza — María Luisa Petettin — Magda Portal — Enrique Portugal — Jacobo Prince.

Eugen Relgis (Rumania) — José Riera (Bolivia) — Octavio Rivas Rooney — Horacio E. Roqué.

Dr. L. Sack — Dr. Alberto Sagastume Berra — Diego Abad de Santillán — Dr. Jaime Scolnik — S. Fanny Simon (Estados Unidos) — Dr. Joao da Souza Ferraz (Brasil) — Juan Antonio Solari — Agustín Souchy.

Dr. Saúl Taborda — Andrés Townsend Escurra — Jacinto Toryho — Prof. Víctor Troncoso (Chile) — Ricardo Tudela.

Abraham Valdez (Bolivia) — Rafael Heliodoro Valle (México) — Antonio Vázquez Escalante — Arturo Vilches — Dr. Elemer von Karman.

Alvaro Yunque.

ILUSTRADORES

Camblor — Carybe — Gustavo Cochet — Enrique Fernández Chelo — José Antonio Ginzo — Emma Jauch — Kras — Pedro Olmos — José Planas — Francisco A. de Santo — Demetrio Urruchúa.

Dirección: A. CUPIT

Redacción y Administración
ALSINA 736
BUENOS AIRES
U. T. 34 - Defensa 0297

Toda la correspondencia debe ser dirigida a nombre de A. CUPIT. Giros y toda clase de valores a VICENTE CASADO

Suscripción anual:
ARGENTINA: $ 3.50
EXTERIOR: 1 dólar
Ejemplar: 30 centavos
Exterior: 0.10 dólar

La responsabilidad de los conceptos e ideas expuestos en los trabajos firmados que se publican incumbe exclusivamente a sus autores. El Comité de Dirección, de acuerdo con el criterio enunciado en la Declaración inicial, no ejerce censura previa sobre las colaboraciones, ni aun en las secciones fijas, a cargo de redactores permanentes. Por tanto, declara que en ningún caso ellas implican una opinión oficial de HOMBRE DE AMERICA.

CORREO ARGENTINO
TARIFA REDUCIDA
Concesión Nº 4989

Impreso en Argentina
Printed in Argentina